



El
chico
de una noche
JANA ASTON

SERIE LOS CHICOS 2.5

CHIC



Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrutes de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



CONTENIDOS

Portada

Página de créditos

Sobre este libro

Cuestionario

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Epílogo

Agradecimientos

Serie Los chicos 1

Serie Los chicos 2

Sobre la autora

EL CHICO DE UNA NOCHE

Jana Aston

Serie Los chicos 2.5

Traducción de Idaira Hernández Armas para

Principal Chic



EL CHICO DE UNA NOCHE

V.1: Junio, 2017

Título original: *Fling*

© Jana Aston, 2016

© de la traducción, Idaira Hernández Armas, 2017

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2017

Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Imagen: DaniloAndjus - iStock

Publicado por Principal de los Libros

C/ Mallorca, 303, 2º 1ª

08037 Barcelona

info@principaldeloslibros.com

www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-16223-75-6

IBIC: FR

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

EL CHICO DE UNA NOCHE

¿Alguna vez has sentido un flechazo por tu jefe?

Sandra es una chica dulce y tímida.
Está enamorada en secreto de su jefe,
Gabe Laurent, un sexy
y guapísimo director financiero.
A Sandra, Gabe le parece inalcanzable,
hasta que un día él se fija en ella...

Tras *El chico perfecto*, llega el nuevo éxito de Jana Aston

«*El chico de una noche* es una novela potente con escenas intensas y unos personajes complejos de los que no podrás evitar enamorarte.»

Audrey Carlan, autora de *Calendar Girl*

«*El chico de una noche* es la distracción perfecta para un fin de semana.
Divertida, dulce, sexy y llena de pasión.»

New Adult Addiction

Cuestionario sobre el libro

¡No es anónimo, así que sé sincera!

- 1) ¿Has leído este libro?
- 2) ¿En qué postura lo has leído?
- 3) ¿Sabe alguien que lo has leído?
- 4) Si has respondido «todo el mundo», ¡choca esos cinco!
- 5) ¡Gracias por leer este libro!

Un abrazo enorme.

En recuerdo de John Hughes

Capítulo 1

Sandra

A veces las reuniones de empresa son aburridas. Intento no perder la motivación porque me tomo en serio mi trabajo en Clemens Corporation y me siento agradecida por tener uno. Tiendo a tomarme la mayoría de las cosas en serio, sobre todo el trabajo.

Soy la asistente del director ejecutivo. Es muy gratificante. Confía en mí. Me necesita. El señor Camden depende de mí, y yo nunca lo decepciono. Eso dice él. «Sandra, nunca me decepcionas». Me adelanto a sus necesidades. Me ofrece información confidencial que algunos de los superiores ni siquiera llegan a ver. Soy puntual. Formo parte del equipo.

Por eso intento prestar atención durante las reuniones, incluso en las que son aburridísimas. Trato de mantener la vista fija donde debe estar: en el ponente.

Hoy Gabe Laurent no es el ponente, así que debería dejar de lanzarle miradas furtivas cada medio minuto. Debería parar. Afortunadamente, está sentado al lado de mi jefe, Sawyer Camden. Puedo fingir que me estoy asegurando de que el señor Camden no me necesita si me pillan mirando en esa dirección, cosa que no han hecho porque se me da muy bien lanzar miradas furtivas a Gabe Laurent.

Al menos no me estoy quedando dormida. Eso sería peor que el hecho de que me pillaran mirando fijamente a la persona por la que estoy colada en secreto. Mi compañero de trabajo, Preston, no está aguantando tan bien la reunión. Le doy un codazo por debajo de la mesa y abre los ojos de

inmediato. Pestañea y suspira, y entonces se reincorpora en su asiento, justo a mi lado, revuelve unos documentos que tiene delante y escribe una nota en uno de ellos.

Está fingiendo. No necesito mirar para saber que la supuesta nota es un garabato. Hemos trabajado juntos durante un año y somos amigos desde hace casi el mismo tiempo. Estoy segura de que está dibujando o escribiendo la lista de la compra.

Nos han pasado una encuesta sobre las reuniones que hemos tenido hoy. Es anónima; quieren comentarios sinceros sobre la presentación y saber qué nos ha parecido útil y qué puede mejorarse. Yo ya la he rellenado, y he incluido ejemplos. También he resumido la reunión en mi libreta personal. No es que tenga que hacerlo ni que nadie vaya a pedirme mis notas, pero lo he hecho de todos modos. Es importante ser riguroso.

Preston ha puntuado a cada ponente con un sistema de estrellas. En algunos ha escrito «Por favor, cállate» al lado de la puntuación. Observo cuidadosamente su encuesta. Por lo visto, ha dejado de lado la que nos han dado y está haciendo la suya propia. Por primera vez en algo más de una hora lo veo escribir con el bolígrafo en el papel.

Vuelvo a echar un vistazo a Gabe. Incluso él parece un poco aburrido, la verdad. Estamos en el auditorio Langdom. Esta sala de reuniones tiene gradas, ideales para las presentaciones. Hay una pantalla de último modelo que ocupa toda la parte frontal de la estancia. Cuenta con un aforo para doscientas personas, con asientos dispuestos en fila, para que todos tengan una buena vista de la pantalla y del ponente. La acústica es ideal, los asientos son ergonómicos y todos tienen un escritorio delante con enchufes. Pero lo mejor de esta sala de reuniones son las vistas de Gabe. Siempre se sienta en primera fila, al lado de Sawyer. Yo siempre me siento detrás de él, dos filas más arriba y un asiento a la izquierda o a la derecha, perfecto para las miraditas furtivas. Y mi evaluación furtiva de la situación es que Gabe está aburrido.

Lo determino por las miradas ocasionales a su reloj, la forma en que apoya la cabeza en la yema de los dedos, con el codo doblado en la mesa frente a él. Muestra interés en la presentación. Parece absorto en ella. Sin embargo, he estado estudiando a Gabe desde hace mucho tiempo y sé que está aburrido. Se inclina y le dice algo a mi jefe, que asiente y sonrío a modo de respuesta.

Gabe Laurent es ideal. Bueno, el hombre ideal para mí. Muy por encima de mis posibilidades. Y completamente fuera de mi alcance. A ver, no es que sea mi jefe, pero es *uno* de los jefes. Es el director financiero de Clemens Corporation y también la mano derecha de mi jefe y su mejor amigo. Se graduaron juntos en Harvard y, entonces, Gabe hizo un máster en Finanzas en Princeton, mientras Sawyer creaba la empresa. Un año después, Gabe y Sawyer se convirtieron en socios, y Gabe pasó a ser copropietario de la empresa. Han tenido un gran éxito y ya eran millonarios a los veinticinco. Durante la década siguiente, su éxito no dejó de aumentar al mismo tiempo que se convertían en los solteros más codiciados de Filadelfia y, quizá, de toda la costa este. Al parecer están contentos con ir de flor en flor y evitar sentar la cabeza, aunque sospecho que mi jefe está listo para eliminar todos los números de teléfono de chicas de su agenda. Una universitaria de veintidós años, Everly Jensen, se ha convertido en lo único a lo que presta atención últimamente.

Me pone la inteligencia. A veces, Gabe lleva esas gafas de pasta que parecen un poco de empollón, muy a lo Clark Kent. Siempre estoy a punto de distraerme cuando lo observo. Y no me gusta que me distraigan. La concentración es lo mío. Soy Sandra, una chica centrada y responsable.

Hoy las lleva puestas. O las llevaba. Ahora mismo le cuelgan de la mano y tiene la parte curvada de una de las patillas apoyada en el labio. Sus labios son perfectos. Carnosos. Lisos. Suaves. No sé con certeza si son suaves, pero estoy segura de que, si tuviera la oportunidad de comprobarlo, estaría en lo cierto.

Preston me saca de mi ensimismamiento cuando coloca frente a mí la hoja en la que ha estado garabateando. Bajo la vista y la coloco en el centro de mi propia pila de papeles. Entonces, los agarro todos y los golpeo contra el escritorio para asegurarme de que la pila tiene un aspecto uniforme antes de colocarla en el centro de la mesa otra vez. Luego cojo mi bolígrafo, lista para anotar cosas en lo que sea que me acaba de pasar.

Miro dos frases y dejo de leer. Niego con la cabeza mientras le deslizo el papel. Preston me detiene apoyando la palma de la mano sobre la hoja. Me deja claro que bajo ningún concepto quiere que le devuelva la encuesta. Sin embargo, el golpe es lo bastante sonoro para captar la atención de Gabe, que se ha girado a medias. Posa los ojos en los míos y me quedo paralizada. Me

sonríe. Bajo la vista al escritorio como si mi vida dependiera de ello.

Preston desliza la encuesta en mi dirección de nuevo con la yema de un dedo, satisfecho de haber ganado esta batalla. Odio montar escándalos. Es humillante. Y poco profesional. Y yo soy muy, muy profesional. Razón por la que no quiero tener nada que ver con la encuesta de Preston. Ha copiado y editado la encuesta de la empresa que estamos haciendo, y ha escrito lo siguiente:

Gracias por venir a esta mierda de reunión tan aburrida. Por favor, entreténme haciendo este cuestionario sobre sexo. Agradezco que respondas con sinceridad.

1) En una escala del 1 al 5, ¿hay alguien en esta habitación con quien te acostarías?

2) ¿Quién es? ¡Esto es anónimo, así que responde con franqueza!

3) Por favor, comparte tu opinión sobre las posiciones en las que estás interesada.

4) Si has respondido «todas», ¿está incluido el sexo anal?

5) ¿Sabe esa persona que quieres practicar sexo anal con ella?

Preston me da una patada y yo suspiro. Sin embargo, tomo el bolígrafo.

1) 5.

2) Gabe Laurent.

3) Todas.

4) ¿Quizá?

5) ¡¡No!!

—¿Sandra?

Levanto la vista al oír mi nombre y me encuentro con mi jefe, Sawyer, al final del pasillo. Me levanto y camino hacia él para ver qué necesita.

—¿Te ha dado Wilson una respuesta sobre las fechas del lanzamiento en Berlín?

—No, todavía no.

—¿Podrías salir un momento y llamar? —me pide—. Diles que

necesitamos una respuesta antes de que acabe el día si lo quieren a tiempo para el segundo trimestre fiscal.

—Claro —respondo, asintiendo con la cabeza—. Lo hago ahora mismo.

—Gracias, Sandra —contesta con un gesto de aprobación mientras se dirige a su asiento en la primera fila y yo salgo de la sala sin hacer ruido.

Muevo los hombros y disfruto del silencio del vestíbulo después de haber estado enjaulada en salas de reuniones toda la mañana. Me siento bien relajarme un poco mientras subo en ascensor a mi escritorio. Hago la llamada, recibo las respuestas que Sawyer necesita, le envío un correo para ponerlo al día y entonces vuelvo a la sala justo cuando ellos hacen una pausa para el almuerzo.

Al llegar a la puerta, Preston Sale, me agarra del brazo y me lleva de vuelta a los ascensores.

—Comida, ahora —ordena—. Me muero de hambre.

—Te has comido dos magdalenas de arándanos durante la reunión —señalo.

Se encoge de hombros.

—He hecho ejercicio esta mañana. Necesitaba un poco de energía.

—Nunca haces ejercicio por la mañana. Si siempre llegas puntual por los pelos.

—Sexo, Sandra. Ese ha sido el ejercicio que he hecho —contesta, y aprieta el botón de bajada con el dedo—. Liam está intentando hacerme un bombo.

—¿Mmm? —suelto, sorprendida. Preston es gay, así que las cosas no funcionan así exactamente.

—Hemos iniciado el proceso de adopción. —Preston sonríe—. Pero ¿por qué deberíamos privarnos de la parte divertida? —Continúa sin esperar una respuesta—: Hemos planificado los próximos cinco años. Bueno, en realidad, los próximos veinte. Queremos dos hijos antes de cumplir los cuarenta para que ya estén en la universidad antes de que tengamos sesenta. Entonces podremos viajar a todos los lugares que queremos ver antes de ser demasiado viejos.

Vaya. Preston solo es tres años mayor que yo y tiene claro lo que quiere hacer con su vida. Conoció a Liam a los veinticinco y se casaron un año

después. Según sus propias palabras, fue la mejor boda de todos los tiempos. Yo no asistí —se casaron antes de que nos conociéramos—, pero he visto la boda. Salió en uno de esos *reality shows* sobre bodas que me encantaba ver. Y no exagera; fue una boda increíble. En fin, Preston tiene claro lo que quiere hacer con su vida y yo compro raciones individuales de platos precocinados congelados.

Tengo veintiséis años y me siento satisfecha con mi trabajo —incluso realizada—, pero mi vida personal está lejos de ser satisfactoria. Me mudé a Filadelfia desde Delaware hace dos años, cuando conseguí el trabajo en Clemens Corporation. Fue un alivio alejarme de casa. Lo necesitaba, y Filadelfia era un lugar ideal para empezar de nuevo.

Me arriesgué, encontré un piso y traté de buscar pareja en una nueva ciudad. Pero han pasado dos años y sigo sola.

Sola y languideciendo por Gabe Laurent en secreto.

Es una estupidez. Está tan fuera de mi alcance...

Preston y yo llegamos a la cafetería de los empleados junto con todos los demás. Es gratis, una de las muchas ventajas de trabajar en Clemens. Charlamos sobre las vacaciones, mis planes de ir a Delaware el día de Navidad y los planes de Preston de viajar con Liam a Los Ángeles a visitar a sus padres.

—¿Seguro que no puedes volver antes de Los Ángeles para no perderte la fiesta de Nochevieja de la empresa? —pregunto—. No será lo mismo sin ti.

—Lo sé, tienes razón, pero no. No pienso volver a Filadelfia un día antes de lo necesario con el mal tiempo que hace.

Suspiro. Lo entiendo perfectamente. Terminamos el almuerzo, recogemos las bandejas y, luego, volvemos al auditorio para la sesión de la tarde.

—Despiértame si me duermo —me dice Preston, que se deja caer en la silla—. No debería haber comido carbohidratos —añade con un bostezo.

—Estaré atenta —le aseguro mientras ordeno los papeles que tengo delante de mí y me preparo para la sesión que está a punto de empezar.

Levanto la vista a tiempo para ver a Gabe entrar por la puerta. Es como si tuviera un sentido arácnido cuando está cerca de mí. Siempre tengo la vista fija en el lugar oportuno en el momento oportuno cuando se trata de Gabe.

Lleva unos pantalones negros y un jersey azul. Parece de cachemira. «Mataría por acariciarlo con los dedos y averiguarlo», pienso mientras uno

de los becarios del departamento de *marketing* le entrega una pila de papeles. Parecen las encuestas de las reuniones de esta mañana. Bajo la vista a mis papeles en busca de la mía. Oh, maldita sea, espero que esté por aquí. Me he esforzado mucho en dar unas respuestas meditadas y detalladas.

—¿Han recogido las encuestas antes del almuerzo? —pregunto a Preston, mirando en su dirección.

Él levanta la vista del teléfono y niega con la cabeza.

—*Nop*. Probablemente las hayan recogido mientras estábamos almorzando.

—Ah, vale, bien. La mía debería de estar ahí, entonces —digo, y compruebo que no está en mi pila de hojas. La dejé en la parte de arriba, ¿no? Rebusco entre los papeles para asegurarme de que la han recogido. No tenía ni idea de que eran para Gabe, así que estoy muy contenta de haber sido tan meticulosa con mis respuestas.

Espera.

Espera, espera, espera.

—¡Preston! —susurro, presa del pánico, mientras mi mente se acelera. El cuestionario sexual que ha escrito Preston. ¿Dónde lo he dejado? Lo tenía en la mano cuando Sawyer me pidió que fuera a llamar...

—¿Qué? —pregunta Preston, que deja el teléfono sobre la mesa y consulta el orden del día para ver a quién le toca.

—¿Dónde está el cuestionario ese que me has pasado? ¿Lo tienes tú?

Estoy temblando mientras rebusco entre los papeles una vez más.

—No, no me lo has llegado a devolver.

—Lo sé, pero ¿no lo has cogido cuando me he ido? ¿Estás seguro? —He entrado en modo pánico total.

—No, Sandy. No lo tengo —contesta despacio mientras niega con la cabeza—. Lo escribí detrás de mi encuesta. Deben de haberlo recogido con los demás.

Debo de estar completamente pálida porque Preston abre mucho los ojos y se endereza en la silla.

—No pasa nada. No ponía tu nombre. Las encuestas son anónimas, ¿recuerdas? Tampoco pone mi nombre.

Ojeo los dos papeles que hay frente a Preston de todas formas. No está

ahí. Cierro los ojos y contemplo mis opciones. Podría mudarme a Delaware. Unirme al Cuerpo de Paz.

—¿Qué nombre has escrito? —susurra Preston.

Giro la cabeza, poso los ojos en él y, entonces, dirijo una rápida mirada a Gabe, que está a unos centímetros de nosotros, en primera fila.

—¡Lo sabía! —se jacta Preston, que se da una palmada en el muslo. Esboza una sonrisa de oreja a oreja y me guiña un ojo—. Es ideal —dice mientras repasa el cuerpo de Gabe con una expresión de admiración.

No es nada nuevo. Puede que Preston sea la única persona que mira el culo de Gabe con más frecuencia que yo.

—Estás casado, Preston —le recuerdo—. Y Gabe es tu jefe. —Preston es su asistente.

—Sí, sí.

Los dos observamos a Gabe dejar la pila de papeles en la mesa que tiene delante. Ahora lo veo claramente: son las encuestas de esta mañana.

—Puede que sea un poquito demasiado para ti —dice Preston.

—Gracias. Muchas gracias. —Observo a Gabe, que se da la vuelta y se sienta. Esos malditos pantalones le quedan a la perfección.

—¡Lo siento! Solo quería decir que es un poco mayor para ti.

Me encojo de hombros. Gabe *es* un poquito demasiado para mí. Es el director financiero de la empresa en la que trabajo, el mejor amigo de mi jefe y casi diez años mayor que yo. Y, además, es insoportablemente guapo. Contemplo lo bien que le sienta el suéter, con esos hombros anchos, cuando se inclina hacia delante para coger una botella de agua y casi consigo olvidarme del hecho de que he rellenado un cuestionario sexual pueril en el que he escrito que el segundo al mando de la empresa es la persona con la que más me gustaría hacerlo.

—Apuesto a que te lo haría pasar en grande —susurra Preston.

Niego con la cabeza.

—Si no fuera la asistente de Sawyer, Gabe no sabría ni cómo me llamo.

Gabe se lleva la botella a los labios y noto cómo me humedezco cuando se inclina hacia atrás y da un trago; los músculos del cuello se le mueven cuando traga. Sacudo la cabeza para salir del trance inducido por Gabe y poso la vista en la mesa.

—No pone tu nombre —me recuerda Preston en un tenue susurro, y me da unas palmaditas en la espalda mientras el departamento de informática comienza la presentación—. Puede que ni siquiera dé la vuelta a la hoja — intenta tranquilizarme de nuevo cuando me quedo completamente muda.

El ponente de la tarde habla y habla sin parar, y, por una vez, no presto atención ni tomo notas. El corazón me late desbocado. ¿Cómo puedo haber sido tan poco profesional? Sé que Sawyer me distrajo cuando me llamó para preguntarme por el proyecto de Berlín, pero, aun así, resulta inaceptable. No debería haber soltado nunca ese papel.

Pasamos la siguiente hora observando a Gabe ojear las encuestas. Siento que me muero un poco por dentro cada vez que coloca bocabajo una de las que ya ha leído. Verá que hay algo escrito en la parte de atrás de la de Preston cuando le dé la vuelta. Mi jefe está sentado a su lado. ¿Y si se la enseña a Sawyer? Me moriré. Se me revuelve el estómago y considero marcharme temprano. Pero no. No puedo hacer eso. Tengo trabajo pendiente y puede que Sawyer me necesite para algo, y, a pesar del cuestionario sexual de hoy, soy una profesional.

Gabe le da la vuelta a la siguiente encuesta.

Hay algo escrito detrás.

Estoy sentada a dos filas de distancia y no leo lo que pone, pero, a juzgar por la forma en que la letra llena la hoja, sé que es el cuestionario sexual de Preston.

El móvil de Gabe, que está bocarriba encima de la mesa, se ilumina. Alguien lo está llamando, aunque lo tiene en silencio. No estoy segura de si mira quién lo llama, pero Gabe pulsa el botón de ignorar y levanta la encuesta de Preston.

Veo que se frota la barbilla con el pulgar y el índice mientras escudriña la hoja.

Noto el momento en que se da cuenta; el músculo bajo la sien derecha se le eleva cuando inclina el cuello ligeramente para acercarse más al papel, mientras lee.

Y entonces observo cómo dobla la hoja dos veces por la mitad antes de levantarse lo bastante de la silla como para guardárselo en el bolsillo trasero del pantalón.

Estoy muerta. Esto es lo que debe de sentirse cuando te mueres.

Capítulo 2

Gabe

—¿Qué piensas de Sandra? —pregunto a Sawyer mientras agarro una pelota de béisbol firmada de una vitrina que hay en la pared de su despacho.

Me siento en una de las sillas que hay enfrente de su escritorio y tiro la pelota por encima de mi cabeza antes de atraparla de nuevo.

Sawyer está revisando algo en la pantalla, pero hace una pausa cuando le hago la pregunta y me presta atención.

—Sabes que es la mejor asistente que he tenido. ¿Necesitas ayuda con algo? Pensaba que estabas contento con Preston.

No sé por qué, pero Recursos Humanos solo me asigna gays o mujeres tan viejas que podrían ser mi madre. Sospecho que es una orden directa de Sawyer. Capullo.

Vuelvo a tirar y a atrapar la pelota.

—No, quiero decir que qué piensas de Sandra como mujer.

—No pienso en ella de ese modo —responde Sawyer, que entrecierra los ojos mirando en mi dirección.

—Le gusto —digo.

—No —dice Sawyer con desdén y golpea el ratón sobre la mesa con la intención de ignorarme.

—Sí —insisto—. Siempre me está mirando.

—Quizá piensa que eres idiota.

Esa es una clara posibilidad. Nunca he estado muy seguro. La mayoría de

las veces inclina la cabeza y me llama señor Laurent cuando pasa junto a mí, apresurada. Me pone, joder, pero no estoy seguro de si yo también le pongo a ella o si en realidad piensa que soy un gilipollas.

—Creo que sale con alguien de *marketing* —añade Sawyer mientras teclea, absorto con lo que sea que tenga en la pantalla.

—Rompieron en verano —digo con seguridad. Me recuesto en la silla y tiro la pelota al aire un poco más alto.

—¿Cómo lo sabes? —Sawyer deja de teclear y se cruza de brazos. No parece contento con lo que sé de la vida sentimental de Sandra; creo que la ve como la hermana pequeña que nunca tuvo—. En cualquier caso, ¿qué interés tienes en ella?

Agarro la pelota al tiempo que elevo las cejas con incredulidad.

—¿Necesitas que te lo deletree? —Me inclino hacia delante en la silla y adopto un tono serio—. A veces, cuando dos personas se atraen, disfrutan quitándose la ropa para...

—Cállate —me interrumpe Sawyer—. No es tu tipo.

—¿Preciosa? —pregunto.

—Dulce —responde.

Es una chica dulce; en eso lleva razón. Pienso en el papel que tengo en el bolsillo. Oigo que me llama y vuelvo a preguntarme si es de ella. Creo que la dulce Sandra esconde un lado oscuro, y me encantaría descubrirlo.

—No juegues con ella, Gabe. —Sawyer me observa atentamente—. Sandra no es de esas chicas con las que te diviertes una noche y ya está. Le prometí a su padre que la cuidaría cuando la contraté. Y es un poco joven para ti, ¿no crees?

Ajá. Sabía que estaba interpretando el papel de hermano mayor o algo así, pero no estoy seguro de que me guste que la insinuación se quede en el aire.

Que no soy lo bastante bueno para ella.

—A lo mejor estoy interesado en algo más que en follármela.

Hago rodar la pelota entre los dedos y me encuentro con su mirada directa.

—Más quisieras. No te va a dar ni la hora.

—Puede que sí. —Vuelvo a tirar la pelota.

—No lo hagas, Gabe.

Me exaspera esta actitud exageradamente protectora hacia Sandra, y le tiro la pelota cuando me levanto. Él la agarra con facilidad. Por su expresión, parece que esté a punto de hacer una pregunta, pero lo ignoro y salgo de su despacho.

Sandra está en su escritorio, justo al lado del despacho de Sawyer. Tiene la cabeza agachada y está concentrada en la hoja de cálculo de la pantalla, con el bolígrafo en la mano derecha. Escribe algo rápidamente en una nota adhesiva, la separa del taco y la pega con cuidado en el escritorio, perfectamente alineada con el borde de la mesa. Entonces, vuelve a llevar la mano al ratón, hace clic y pasa el dedo por la superficie para desplazar hacia abajo la página que tiene delante. Sin embargo, no le presto mucha atención a la pantalla; no es lo que me interesa. Me interesa su dedo. La curva de su cuello. Su pelo rubio, recogido en una coleta baja que le cae sobre la espalda. Eso me interesa. Pienso en ella toqueteándose el clítoris con ese dedo, corriéndose. Pienso en presionar la parte trasera de su cuello con la mano y obligarla a bajar la cabeza al colchón al tiempo que le levanto el culo. Pienso en enredarme su pelo en la mano y guiar su boca hasta mi polla.

Entonces, sin pensar, doy un paso adelante y arranco la nota adhesiva del escritorio.

Soy un idiota; lo comprendo cuando la tengo en la mano. ¿Qué coño estoy haciendo? No soy nadie para tocar sus cosas. Ni siquiera tengo una razón plausible para tocar su escritorio.

Sandra se sobresalta en la silla; es evidente que no se había dado cuenta de que estaba aquí. Al parecer, Sawyer tampoco tiene la costumbre de acercarse a ella por la espalda y quitarle cosas del escritorio, ya que, por lo general, no es un gilipollas. Sandra gira la cabeza en mi dirección y abre los ojos de par en par, sorprendida. De repente, la inquietud se apodera de su rostro, pero luego pestañea y se obliga a esbozar una sonrisa profesional. Sus ojos pasan rápidamente una y otra vez de mí a la nota que he agarrado en un impulso, solo para echar un vistazo a su letra. Es una tontería, pero he pensado que así podría confirmar que la encuesta es suya. Echo un vistazo a la nota; escudriño el trozo cuadrado de papel de setenta y seis por setenta y seis milímetros que tengo en la mano. La nota en la que pone «llamar al casero». Hostia puta. Ni siquiera tiene que ver con el trabajo.

—¿Señor Laurent? —pregunta. Sus ojos azules reflejan inseguridad.

—Lo siento, Sandra. —Adopto una actitud profesional, dejo de nuevo la nota en el escritorio como si no me interesara y miento como un bellaco—: Pensaba que era la dirección que te había pedido.

—No me ha pedido nada —dice, y sacude ligeramente la cabeza al tiempo que abre el correo electrónico para asegurarse de ello—. ¿Qué necesita? —pregunta, y yo estoy tan cerca de ella que tiene que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarme, en el mismo ángulo que si estuviera de rodillas con mi polla en la garganta. Pestañea a la espera de que hable y percibo el tenue rubor de sus mejillas.

—Necesito la dirección de los padres de Sawyer —miento, y entonces añado—: Voy a enviarles una cesta de fruta para felicitarles las fiestas. —Eso era innecesario porque ya se ha dado la vuelta hacia la pantalla y teclea a toda velocidad con eficiencia.

—Enviada —dice cuando aprieta el ratón—. A su correo electrónico —añade al ver que no me muevo, con el ceño levemente fruncido por la confusión.

Apoyo una mano en el respaldo de su silla y me inclino sobre ella, más cerca. Se le acelera la respiración cuando coloco dos dedos en el taco de notas adhesivas del escritorio y se lo acerco.

—Escríbela —murmuro, y entonces lucho por contener una erección cuando la veo morderse el labio. Saca la lengua rápidamente, coge un bolígrafo y escribe enseguida la misma dirección que me acaba de enviar por correo electrónico.

Sandra separa la nota del taco y me muestra la parte sin adhesivo. La mano le tiembla un instante y me pregunto si han sido imaginaciones mías.

Agarro la nota y me alejo de su escritorio con una breve sonrisa.

—Disfruta de las vacaciones de Navidad, Sandra.

—Usted también, señor Laurent. Feliz Navidad.

Se gira de nuevo hacia el ordenador y vuelve a concentrarse de inmediato en la hoja de cálculo en la que estaba trabajando.

Mierda. ¿Quizá piensa que soy demasiado viejo?

—Espero que le regalen todo lo que desea —añade mientras me alejo.

Me giro, sorprendido por sus últimas palabras. Escudriño su rostro despacio y asiento con la cabeza.

—A ti también.

* * *

Me marchó, muerto de curiosidad por saber qué podría querer ella por Navidad. A menos que se trate de Andrew, el de *marketing*. Que le den. Ese chico me aburre hasta la saciedad. Jugamos juntos en la liga de *softball* de la empresa y, creedme, no os gustaría estar sentados a su lado en la barra de un bar después de un partido. «Espero que le regalen todo lo que desea», ha dicho. Le doy vueltas. ¿Acaso Sandra liga así? Yo sé perfectamente qué me gustaría. Me gustaría tenerla debajo de mí. Me gustaría verle la cara cuando se corra. Apuesto a que cierra los ojos, gira la cabeza hacia un lado y gime con delicadeza. Me gustaría cambiar eso. Me gustaría que perdiera el control hasta clavarme las uñas en la piel, sacudir la cabeza con violencia y gruñir sin pensar en nada más que en lo bien que le estoy haciendo sentir.

Mierda, ¿cuándo fue la última vez que fantaseé con ver correrse a una mujer? No es algo sobre lo que necesite fantasear; no tengo problemas para conseguir que una mujer se ponga debajo de mí y contemplar su reacción en vivo y en directo.

No estoy a la altura de esta chica.

Es dulce. No tengo ni idea de cómo conseguir que una chica dulce se meta en mi cama. Mi última relación empezó cuando la chica me dio la llave de su habitación de hotel. La anterior a esa era mi abogada, y fue ella quien dio el primer paso. La anterior... bueno, digamos que no recuerdo la última vez que tuve que hacer algo más que esbozar una sonrisa perezosa o, como mucho, guiñar un ojo para que la mujer en cuestión me siguiera el juego. Al parecer soy un puto vago.

Vuelvo a mi despacho, saco del bolsillo trasero el cuestionario sexual y lo dejo en el escritorio, junto con la nota adhesiva. Sonrío mientras tomo asiento. La encuesta es ridícula. Parece sacada de una película de los ochenta para adolescentes. Le doy la vuelta al papel y miro la encuesta original de la reunión, que está impresa por delante. Le dije a Sawyer que teníamos que hacernos una idea de las opiniones de los demás sobre estas reuniones trimestrales para entender qué es útil y qué no. La mayoría de las reuniones se han vuelto inútiles, en mi opinión, y quienquiera que escribiera «Calla la puta

boca» como respuesta a una de las preguntas debe de estar de acuerdo conmigo. Me hace reír. Quizá debería estar ofendido, pero me la suda. Quería comentarios sinceros sobre la reunión y los he conseguido. Además... ahora que la miro con más atención, me doy cuenta de que esta letra es la de Preston. Y Sandra estaba sentada justo a su lado durante la reunión.

Dedico unos minutos a clasificar el resto de encuestas. Encuentro la que creo que debe de haber completado Sandra, por las respuestas detalladas y meditadas y la enumeración de ejemplos. Es la misma letra que la de la nota.

Vuelvo a coger la encuesta sexual para compararlas. No tengo mucho que comparar. «5. Gabe Laurent. Todas. ¿Quizá? ¡¡No!!». Me centro en las mayúsculas y las comparo con las de su encuesta. Creo que he encontrado una coincidencia.

La dulce Sandra quiere hacer cosas sucias conmigo.

Capítulo 3

Sandra

«**E**spero que le regalen todo lo que desea». He repetido esas palabras una y otra vez en mi cabeza, cientos de veces, y siempre que lo hago me siento humillada. Ya que estaba, podría haberle dicho que se quitara los pantalones. No podría haber sido menos sutil. Como si el copropietario de treinta y cinco años de una enorme empresa fuera a interesarse por una asistente administrativa de veintiséis... En mí. Estúpida, estúpida, estúpida.

Y el cuestionario sexual... No puedo dejar de pensar en Gabe doblándolo y metiéndoselo en el bolsillo. Ese recuerdo me hace estremecer. O sea, llegué a pensar en mudarme durante las vacaciones, en serio. Cuando pasé el día de Navidad en casa, pensé en quedarme ahí indefinidamente. Pero entonces vi el coche de Amanda aparcado en la entrada de la casa de al lado y volver a Filadelfia me pareció la menos humillante de mis opciones.

Mi nombre no estaba escrito en ese papel.

Mi nombre no estaba escrito en ese papel.

Mi nombre no estaba escrito en ese papel.

Sí, me lo he repetido unas cuantas veces. Unos cientos de veces. Pero... seguramente sabe que es mío. Puede que solo escribiese unas pocas palabras, pero son suficientes para reconocer mi letra. Además, me pidió que escribiera la dirección de los padres de Sawyer. Seguro que sabe que es mío.

Me pregunto si se lo ha contado a mi jefe, a Sawyer. La idea me resulta inconcebible. Sawyer se portó muy bien conmigo cuando me ofreció un puesto

de trabajo en Filadelfia sin hacerme una entrevista, sin ni siquiera *haberme visto* nunca. Nuestros padres estaban en la misma fraternidad cuando estudiaban en la universidad, y así fue como conseguí el trabajo. Necesitaba empezar de cero, en una nueva ciudad, y Sawyer me dio una oportunidad, sin hacer preguntas. Me ha dado mucho más desde entonces. Me ha convertido en un miembro más de un equipo y ha hecho que me sienta útil, necesitada. Y yo se lo he devuelto comportándome de manera poco profesional durante una reunión. Como una adolescente colada por un profesor, algo inapropiado. Me pregunto si me despedirán. «Me lo merezco», pienso mientras suelto un triste suspiro.

Esta noche es Nochevieja y mi jefe celebra la fiesta anual para los empleados de Clemens Corporation. Hasta aquí ha llegado mi semana evitándolo. Arrugo la nariz al ver mi reflejo en el espejo. Tengo el pelo rebelde, así que me he hecho una coleta baja. Soy rubia. Siempre me ha parecido irónico, por eso de que las rubias se divierten más y tal. No creo que yo sea de las que se divierten.

Me pongo unos pendientes largos de fiesta, dedico algo más de tiempo de lo habitual a maquillarme y, luego, me calzo los tacones. Me encantan estos tacones. Son altos y muy *sexys*, aunque en realidad yo no soy una chica *sexy*, así que me los pongo con unos pantalones de traje que los ocultan casi por completo.

Treinta minutos después estoy en el Ritz-Carlton. El organizador del evento anota mi llegada y, acto seguido, camino sin rumbo, saludando a mis compañeros y a sus acompañantes. ¿Y si Gabe trae acompañante? Me moriría de vergüenza si lo viera con una chica. El año pasado vino con una modelo. Quiero pensar mal de ella, pero la verdad es que era una chica increíble y todos la adoraron.

Sawyer llega con su novia, Everly. Me cae muy bien, y Sawyer está loco por ella. No es que me lo haya contado, pero lo sé. Nunca lo he visto tan feliz. Tampoco es que estuviera triste antes de que ella apareciera; de hecho, no lo estaba, siempre ha sido un tipo alegre. Pero ahora es diferente. Me hizo darle a Everly las llaves de su piso una semana después de conocerla. *Nunca* me había pedido que hiciera una copia de sus llaves para una mujer. ¿Y qué decir de su mirada cuando Everly aparece sin avisar en la oficina? Sawyer está coladito.

—Sandra, me he dejado el pintalabios en casa de Sawyer. ¿Me acompañas a buscarlo? —suelta Everly un segundo después de decir «hola».

Sawyer murmura algo sobre ir a buscar una bebida justo cuando Everly me agarra del brazo y me arrastra hacia los ascensores. Sé que Sawyer vive en la torre residencial adjunta al hotel, así que su piso no está lejos.

—¿Has visto ya a Gabe? —dice Everly.

—¿Al señor Laurent? —pregunto, sorprendida por que me pregunte por él—. No, todavía no ha llegado. ¿Lo necesita Sawyer para algo?

Las puertas del ascensor se abren cuando llegamos al vestíbulo del hotel antes de que Everly pueda responder. Entonces, saluda en voz alta a una chica llamada Chloe, que resulta ser su compañera de habitación en la Universidad de Pensilvania. Las tres vamos juntas al apartamento de Sawyer y en cuanto llego al umbral de la puerta pienso que no debería estar ahí.

—No creo que sea apropiado que esté en el dormitorio del señor Camden —digo, intentando mantener los ojos en el suelo. No necesito saber cómo es el dormitorio de mi jefe.

—Relájate. Aquí solo practicamos sexo normal —contesta Everly desde el baño—. No hacemos vídeos ni nada parecido —añade en un tono que sospecho que cree que es tranquilizador.

Encuentra su pintalabios y nos dirigimos hacia la puerta cuando Everly se detiene en seco delante del vestidor y nos grita para que esperemos.

—Deberías probártela —dice mientras sostiene en alto una minifalda negra con lentejuelas.

—Mmm... —empiezo a protestar, pero ella ya me ha puesto la falda bruscamente en las manos y me empuja hacia al baño. Y, bueno, siento curiosidad por saber cómo me quedaría.

—¡Sandra, menudas piernas tienes! Mataría por unas piernas tan largas como las tuyas. Tienes que dejarte puesta esa falda. Insisto —dice Everly con entusiasmo cuando salgo del baño al cabo de un minuto.

—¿Tú crees? —pregunto, y entro de nuevo al baño para mirarme en el espejo—. Soy más alta que tú. Me queda muy corta.

—Sí, lo sé. De nada. Ahora quítate la camisa.

—¿Perdón?

—Solo la camisa que tienes debajo. Luego vuelve a ponerte la chaqueta.

—Mmm, ¿quieres que vaya a la fiesta sin camisa?

—Tú hazlo —dice Chloe, que se acerca a mí desde la ventana—. O nunca saldremos de esta habitación. Créeme.

Las miro y comprendo que hablan en serio. Abro la boca para protestar, pero Chloe niega con la cabeza.

—Soy la mejor amiga de Everly desde que éramos pequeñas. Créeme, no nos marcharemos de este piso hasta que se salga con la suya, literalmente.

Así es como termino vestida solo con una falda demasiado corta y una chaqueta. Everly también me arregla el pelo para darme un aspecto más *sexy*.

—Está intentando hacer de celestina, lo sabes, ¿no? —pregunta Chloe.

—No estoy haciendo de celestina. —Everly niega rápidamente con la cabeza—. No lo estoy haciendo. Simplemente me limito a crear oportunidades.

Discuten sobre el significado de «crear oportunidades» y, luego, Chloe se gira hacia mí y me pregunta cómo se llama él.

—Gabe —responde Everly por mí mientras volvemos a la fiesta—. No es su jefe, porque yo salgo con su jefe, y eso sería muy raro, pero es el vicepresidente de Clemens Corporation, lo que lo hace un poco obsceno, ¿no creéis? —Parece encantada con la idea—. Sandra quiere hacer cosas guarras, cosas guarras con él en su escritorio.

—¿Cómo sabes eso? Solo nos has visto juntos una vez.

Pero estoy segura de que me he puesto como un tomate. Si es evidente para Everly (y ella ni siquiera sabe nada del maldito cuestionario sexual), debe de ser obvio para otras personas.

—Soy observadora. —Se encoge de hombros como si no fuera importante.

Es importante. ¿También es tan evidente para Gabe? Me refiero a cuando no voy escribiendo por ahí que quiero acostarme con él. Eso fue bastante directo, pero ¿es tan obvio el resto del tiempo?

—No soy su tipo —contesto.

—Ya veremos —responde Everly con total seguridad.

Estamos a unos pocos pasos del vestíbulo del hotel cuando lo veo. Dios, qué guapo. Está al otro lado del vestíbulo, esperando el ascensor para subir al segundo piso, donde se celebra la fiesta. Tiene la mirada puesta en las puertas

del ascensor.

Aprovecho para darle un repaso. Es el hombre más atractivo que he visto jamás. Bastante alto como para hacerme sentir enana cuando estoy a su lado, lo cual no es fácil cuando mides algo más de un metro setenta. Supongo que me saca al menos quince centímetros. Esta noche lleva un traje de color negro. No viste de traje en el trabajo habitualmente; suele aparecer con vaqueros, pero, de algún modo, consigue exudar autoridad, sin importar lo que lleve puesto. Y las gafas... Me matan. Unas gafas de pasta que parecen las de un empollón, pero, joder, a él le hacen parecer de todo menos eso.

Me lo estoy comiendo con los ojos cuando Everly interrumpe el momento porque también lo ha visto y lo llama y lo saluda con la mano.

Capítulo 4

Gabe

No recuerdo la última vez que estuve solo en Nochevieja. Puede que nunca lo haya estado. Tenía varias opciones para esta noche —demasiadas, a decir verdad—. Ninguna me interesaba; no podía dejar de pensar en una rubia tímida que podría estar o no interesada en mí. Joder. No me había sentido tan inseguro con respecto a una mujer desde el instituto. Joder, incluso entonces me lo ponían fácil.

Sandra no es fácil. En ningún sentido. Y, además, está Sawyer. No creo que lo de pedirme que me mantenga lejos de ella haya sido una broma. Su opinión no dicta mi vida, pero ¿hasta dónde quiero llegar? ¿Vale la pena cabrear a Sawyer por una aventura con la atractiva señorita Adams? No, en realidad no. Cuando lo nuestro termine, ¿le importará tener que verme todos los días en el trabajo? Eso nunca ha sido un problema para mí, pero creo que Sandra no se parece a las chicas de la oficina con las que normalmente me acuesto.

Salgo de mi ensimismamiento cuando alguien me llama; la voz resuena con fuerza en el vestíbulo de mármol del Ritz-Carlton. Echo un vistazo al ascensor que se acaba de abrir delante mí y borro la expresión de irritación de mi cara antes de darme la vuelta. Estaba a unos segundos de llegar a la seguridad de la fiesta y rodearme de personas. Ahora estoy atrapado a solas con quien sea que me llama, y yo ya sé que no estoy interesado. Confirмо lo que siento cuando la chica añade «Yuju, Gabe» justo cuando me giro. Dios mío. ¿Yuju? ¿Esta tía va en serio?

Me doy la vuelta y me sorprendo al ver que no es una mujer, sino tres. Normalmente no ligan conmigo de tres en tres, pero no puedo decir que no haya ocurrido antes. ¿Conozco a la mujer que me llama y me saluda con la mano? Creo que la he visto antes, pero no recuerdo dónde. Probablemente sea alguien de publicidad. Todos los de ese departamento son jodidamente molestos. ¿Conozco a alguna de estas mujeres? Sonrío con amabilidad y miro a las otras dos. Una chica guapa de pelo caoba y una rubia que quita el hipo. No, no es una rubia que quita el hipo. Me cago en la puta, es Sandra, una versión apenas vestida de Sandra. Joder.

Se acercan y Sandra me presenta a las otras dos: la novia de Sawyer y la amiga de la novia. No me interesan demasiado las presentaciones, no cuando Sandra lleva una maldita falda que es veinte centímetros más corta que cualquier otra cosa con la que la haya visto. Lleva una chaqueta sin nada debajo. Abotonada, pero hay la suficiente piel expuesta como para saber que si metiera la mano para cogerle la teta descubriría que no lleva sujetador. Mierda, ahora tengo esa imagen en la cabeza.

—¿Entonces has venido solo? —pregunta Everly, que interrumpe el repaso que estoy dando a la ropa de Sandra, o al casi inexistente atuendo. Esta chica es una entrometida. Y voy a arriesgarme y suponer que también es un poco mandona.

—Sí —respondo, y la observo mantener una conversación en silencio con su amiga Chloe. Le lanza una mirada y se encoge de hombros.

Fascinantes criaturas, las mujeres. No estoy seguro de en qué están de acuerdo o sobre qué están discutiendo, pero no me importa una mierda. ¿Cómo es que nunca me había dado cuenta de lo largas que tiene las piernas Sandra? No tendría problemas para rodearme con ellas y unir los talones.

—¿A qué te dedicas exactamente? —pregunto a Everly. Sé que no trabaja en Clemens. De repente recuerdo que la vi una vez, en un ascensor, con Sandra. Llevaba un pase de visitante. Parece un poco joven, así que me pica la curiosidad.

—A saber... —dice, y levanta las manos—. Me gradué en mayo; todavía no sé lo que voy a hacer.

¿Una universitaria? Estoy a punto de reír en voz alta. Puto Sawyer. ¿Qué edad tiene? ¿Veintiuno, veintidós? ¿Y me echó en cara que Sandra era demasiado joven? Dios, Sandra debe de llevarse cuatro años con esta chica.

El ascensor se detiene en el segundo piso y Everly no pierde ni un segundo. Agarra a Chloe y nos abandona, de modo que me quedo a solas con Sandra, lo cual aprecio, así que un punto para Everly.

Un camarero pasa con una bandeja de copas de champán. Cojo dos y le ofrezco una a Sandra. Me da las gracias y entonces mira rápidamente la copa, mientras se muerde el labio inferior con los dientes. No estoy segura de por qué actúa con tanta timidez. ¿Es por mí o es su configuración por defecto?

—Me gusta tu falda —comento para iniciar la conversación. «Genial, capullo».

—Oh. —Posa velozmente la vista en mis ojos, la baja hasta la falda y vuelve a mirarme—. No es mía. Everly me ha obligado a cambiarme de ropa.

Mmm. Everly no está tan mal.

—Pues te queda bien —digo, y se le sonrojan las mejillas por el cumplido—. Quizá deberías quedártela y llevarla puesta a la próxima reunión trimestral —añado para provocarla, como un maldito idiota, porque abre los ojos de par en par y devuelve la mirada a la copa que tiene en la mano.

—No te preocupes; nunca llevaría algo tan poco adecuado en la oficina. —Niega con la cabeza, mirando hacia el suelo.

Joder con esta tía. Hace que algo en mi interior se despierte. Quiero quitarle el peso de la timidez de los hombros. Quiero desnudarla, recorrer cada centímetro de su cuerpo con las manos hasta que el rubor desaparezca y me suplique más. Quiero tocarla por todas partes, descubrir qué le hace arquear la espalda y curvar los dedos de los pies, ver qué aspecto tiene cuando se corre. Para mí.

—Sandra... —empiezo a decir, pero alguien me interrumpe colocándome una mano en el hombro.

Eileen me agarra sigilosamente del brazo y Sandra da un paso atrás, como si ella fuera la que interrumpe. Antes de que pueda decir nada, Sandra murmura algo que no llego a entender, se despide con un ligero movimiento de mano mientras se aleja y me deja a solas con Eileen.

—Parecía que necesitabas que te salvaran —ronronea Eileen, que me suelta de entre sus garras y me guiña el ojo, como si estuviéramos compinchados.

—¿Ah, sí? —respondo, sin importarme que mi expresión refleje todo el aburrimiento que siento.

Eileen es preciosa; lo sé porque es evidente, aunque a mí no me llama la atención ahora mismo. Es alta y rubia, se parece a Sandra, pero es más sofisticada. Tiene el pelo lleno de mechas rubio platino que seguro que se retoca meticulosamente cada cuatro semanas. Tiene la piel bronceada como si hubiese pasado las vacaciones en algún lugar tropical y es evidente por su figura que se cuida a diario. Se maquilla con la habilidad de una profesional. Probablemente se me echará a los brazos antes de que se acabe esta conversación. Y, aun así, me distrae una chica de pelo rubio como la miel, un color que seguro que es natural, y de curvas suaves que me interesan mucho más que lo que Eileen pueda crear en el gimnasio.

Sin embargo, lo que me sorprende al mirar a Eileen es que ella me habría interesado en el pasado. Es exactamente mi tipo; ¿quizá estoy teniendo una mala noche? Mantengo los ojos fijos en Sandra mientras Eileen parlotea y observo que se mete en una de las habitaciones de juegos con la tal Chloe. Eileen interrumpe mis pensamientos cuando me pregunta si la estoy escuchando. No.

—Lo siento. ¿Qué decías? —pregunto, y, finalmente, la miro por primera vez en minutos.

—Te preguntaba si te apetece que nos tomemos una copa juntos más tarde. —Vuelve a ponerme la mano en el brazo mientras hace la pregunta. ¿Las mujeres siempre me tocan tanto cuando ligan conmigo? Sinceramente, nunca me había dado cuenta. Me acaba de llamar la atención ahora porque Sandra *no* me toca.

La fiesta termina después de medianoche y hay una barra libre bien provista, así que entiendo su invitación de tomar algo después como lo que es: una sugerencia para que la lleve a casa. La rechazo de modo que no se sienta avergonzada y luego me disculpo y me dirijo a la barra. Necesito una copa y la mierda de champán este no está a la altura.

Interrumpo mi camino antes de dar diez pasos. Hay demasiadas personas que quieren que les conceda un minuto para presentarme a sus acompañantes y desearme un feliz Año Nuevo. Me recuerdo a mí mismo que esta fiesta no es para mí; es para los empleados, una forma de agradecerles otro año genial. Sawyer lleva años celebrando esta fiesta. Empezamos con las fiestas tradicionales que se celebran antes de Navidad, y nos pareció que eran sosas y que consumían mucho tiempo durante una época en la que todo el mundo

está estresado por el tiempo. Rápidamente transformamos la fiesta anual en un festín de Nochevieja y animamos a los empleados a traer a quienes quisieran y pasárselo bien a nuestra costa. Está bien ser rico.

Por fin consigo llegar a la barra en la otra punta de la habitación, la que está fuera de las dos salas de eventos que se han transformado en salas de juegos. Pantallas de televisión gigantes enchufadas a lo último en el mundo de los videojuegos, invitados dándole todo con una gran variedad de juegos. Sandra ha entrado hace unos minutos, de nuevo con Chloe a su lado. Contemplo la posibilidad de seguir las, pero decido no hacerlo y pillo una bebida en su lugar. No voy a ponerme a llamar la atención de Sandra en medio del alboroto de la sala. Me pregunto si las notas de la reunión trimestral eran algún tipo de broma. «Sandra es un manojo de contradicciones», pienso para mis adentros cuando Hilary, del departamento de licencias, hace su aparición y me toca con una mano mientras lleva la otra al cuello de su vestido. Reconozco qué es: una invitación sutil. ¿Cuándo me he vuelto tan insensible?

Everly me mira a unos seis metros de distancia. Sawyer la rodea con un brazo. También observa a Hilary y, desde donde estoy, percibo en su rostro que está molesta. No estoy seguro de qué va todo esto, pero no tengo que preguntármelo durante mucho tiempo porque vienen hacia mí.

Sawyer presenta a Everly y a Hilary antes de preguntarme si vi el último partido de los Flyers. Estamos hablando con entusiasmo sobre el último saque de Schenn cuando Everly nos interrumpe.

—¿Desde cuándo os conocéis? —pregunta con recelo, mientras nos mira a Sawyer y a mí.

—Desde Harvard —respondo—. Fuimos compañeros de habitación —añado.

—Ajá —contesta. Mira fugazmente a Sawyer, esboza una gran sonrisa y, entonces, saca el móvil de alguna parte—. ¡Oh! —exclama—. ¡Oh, Dios! —Abre los ojos como platos y se cubre la boca con una mano, que abre con fingida sorpresa. No puede ir en serio.

Miro a Sawyer para evaluar qué le parece este pequeño espectáculo; parece que lo entretiene, aunque no se lo ve sorprendido. Supongo que el teatro debe de ser algo bastante habitual cuando pasa tiempo con Everly. Es muchísimo más divertida que las chicas con las que suele salir, eso tengo que reconocerlo.

—Sandra no se siente bien —anuncia—. Le duele la cabeza —añade, y se encoge de hombros mientras echa un vistazo al móvil de nuevo. Luego, me dirige su atención—. Gabe, ¿podrías llevarla a casa?

Vaya, eso sí que no me lo esperaba. Se me escapa una sonrisa antes de poder contenerme; Sawyer me mira con los ojos entrecerrados, así que me cubro la boca con la mano antes de frotarme las sienes, pensativo.

—Claro, claro —accedo, intentando no sonreír otra vez. Menuda conspiradora está hecha Everly y, bueno, vale, oficialmente me cae bien. Si tuviera que elegir entre Everly y Sawyer, soy del Equipo Everly.

Les doy las buenas noches y me dirijo a la sala de juegos para recoger a Sandra. Hay muchísimo ruido y se me pasa por la cabeza que es posible que a Sandra sí le duela la cabeza hasta que la veo sentada en uno de los sofás colocados en la sala para el evento. Tiene la cabeza gacha, el labio inferior entre los dientes y está escuchando a Chloe, que le dice algo. Si tuviera que adivinar, diría que le está dando un discurso motivacional.

De nuevo, siento curiosidad por esta chica. Me han ofrecido sexo dos veces en menos de una hora, pero ¿tengo que convencer a Sandra para que venga conmigo? Sé que las respuestas del cuestionario eran tuyas, pero puede que le guste fantasear conmigo y que le parezca que la realidad no es suficiente.

Dejan de hablar cuando me acerco. Chloe da golpecitos en la rodilla desnuda de Sandra. Me detengo directamente frente a ellas, así que Sandra se ve obligada a inclinar la cabeza hacia atrás para mirarme. Pestañea repetidamente y sus pupilas se dilatan. Ya he tenido suficiente. No estoy malinterpretando la situación. Me desea.

—Vámonos —digo, con los ojos fijos en los suyos.

Sandra asiente y se levanta; quiero ofrecerle el brazo para ayudarla, acompañarla al coche con la mano en la espalda, pero soy consciente de dónde estamos, rodeados de compañeros de trabajo. Así que me giro, camino y dejo que me siga hasta que llegamos a los ascensores. Pasamos al lado de Sawyer y Everly de camino a la salida; Everly sonríe de forma engréida mientras Sawyer niega con la cabeza y gesticula un «no». Capullo. Me entran ganas de hacerle una peineta, pero, de nuevo, pienso en la gente que me rodea. Ignoro a los dos y sigo caminando.

—Lo siento —dice Sandra (las primeras palabras que ha dicho) cuando

ya estamos fuera esperando mi coche.

—¿Por qué? —pregunto, sin tener ni idea de a qué se refiere.

—Por hacer que se marchara temprano de la fiesta. Lo siento. Yo, mmm, Everly... —Ahora balbucea.

—No pasa nada —digo, y esbozo una sonrisa que siempre me ha ayudado a conseguir todo lo que quiero.

Esta chica no tiene ni idea.

Donde menos me apetece estar es en esa fiesta.

Capítulo 5

Sandra

El aparcacoches se detiene frente a nosotros en un sedán elegante. Es de un color blanco perla, sin una mancha, a pesar de que es invierno. Me pregunto si Gabe lo lava todos los días o si no se ensucia por arte de magia. Gabe me abre la puerta del copiloto y entro, y entonces pienso que una falda corta es incluso más corta cuando estás sentada. Tiro del dobladillo hacia abajo y junto las rodillas mientras Gabe rodea el coche y se coloca tras el volante.

Creo que me está mirando las piernas desnudas. Está en silencio y tiene la cabeza inclinada en mi dirección. Me remuevo un poco en el asiento y me froto los muslos con las manos.

—¿Tienes frío? —pregunta.

—Estoy bien —respondo, pero, por supuesto, en cuanto lo digo siento un ligero escalofrío. Tiro del abrigo con fuerza, pero eso hace que mis piernas queden a la vista otra vez, así que dejo caer las manos sobre el regazo y juego con el dobladillo de la falda.

—Los asientos llevan calefacción incorporada —dice, y pulsa un botón mientras suelta una risa. No sé si se ríe porque he mentado sobre lo de tener frío o por mi evidente incomodidad por la longitud de la falda. Entonces, antes de que pueda seguir pensando, arranca el motor y me pide mi dirección.

—Lo siento —añado tras dársela—. Sé que queda un poco lejos.

Mi casa está a unos once kilómetros del hotel, no está lejos, pero tampoco está cerca. La zona de Filadelfia donde vivo es un área residencial, no tiene

rascacielos céntricos. No es tan moderna como el centro de la ciudad, pero incluía plaza de aparcamiento y me daba seguridad. Era una buena transición para mí cuando me mudé de Delaware hace dos años, y me gustaba, así que renové el contrato.

—No hay problema —contesta, y se incorpora a la carretera.

El coche es silencioso, salvo por el clic de los intermitentes cuando esperamos para girar a la izquierda hacia el bulevar de John Fitzgerald Kennedy.

El silencio me está volviendo loca y estoy a punto de soltarle que huele bien, pero me contengo antes de ponerme en ridículo.

—Tu coche huele bien —espeto en su lugar. Vaya, mis habilidades conversacionales son espectaculares—. Quiero decir que tu coche está bien. ¿Qué marca es? —pregunto, apresurada.

—Es un Tesla —responde mirando fugazmente en mi dirección.

—Mola.

—Gracias.

Bueno, esto va bien. Cruzo las piernas sin pensarlo y se me sube la falda hasta casi la entrepierna. Gabe se aclara la garganta mientras yo descruzo las piernas enseguida y tiro bruscamente de la falda para volver a colocarla en su lugar, agradecida de que no pueda ver mis mejillas coloradas en el coche, a oscuras. Joder, debe de pensar que me estoy lanzando a sus brazos. Como si fuera a hacer eso... No. Si un hombre está interesado en mí, me lo hará saber.

Y Gabe nunca se interesará por mí, no de verdad. Puede que nada en absoluto. Tiene prácticamente diez años más que yo. Es casi mi jefe —está por encima de mí, y eso es suficiente. Es guapísimo, en plan, idealmente guapísimo. Y acaba de romper con una modelo. Suspiro. Gabe no es más que una estúpida fantasía.

—¿Va todo bien? —pregunta Gabe, presuntamente respondiendo a mi suspiro—. ¿Qué tal el dolor de cabeza?

Oh, claro. Mi dolor de cabeza. «Gracias, Everly».

—Ah, estoy bien, gracias. —Un momento, ¿acabo de admitir que no me duele la cabeza?—. O sea, me sigue doliendo, claro. El dolor de cabeza no desaparece así como así, a menos que te tomes una aspirina. Y eso es lo que he hecho. Así que dejará de dolerme dentro de nada. —«¡Oh, por Dios, cállate!».

Y eso hago, y el coche vuelve a quedarse en silencio.

—¿Has pasado unas buenas Navidades? —pregunto un momento después, intentando apaciguar la incomodidad de este viaje en coche.

Gabe se encoge de hombros y yo me siento estúpida por preguntar. No es asunto mío. Ni siquiera sé con quién ha pasado las Navidades ni dónde. Sé que es de Ohio —lo mencionó una vez, hace un año, y memoricé el dato—. Fue a Harvard, igual que Sawyer, y luego se mudó a Filadelfia tras terminar el máster para ayudar a Sawyer a dirigir la empresa. Pero más allá de eso, no sé mucho; desconozco cuántos de sus familiares viven todavía en Ohio, si es que tiene.

—He estado con mi familia unos días. Siempre está bien volver a casa.

—¿En Ohio? —pregunto, y de inmediato desearía poder retractarme. No debería saber que es de Ohio; lo mencionó una vez y, bueno, ni siquiera estaba hablando conmigo. Lo escuché por casualidad. Es oficial; soy patética.

Sin embargo, él no parece darse cuenta de mi pregunta de acosadora porque responde que no, que sus padres se mudaron a Savannah hace unos años y que ha ido allí a visitarlos.

—¿Y tú qué? ¿Has pasado unas buenas vacaciones con tu familia?

—Sí, gracias.

—¿Son de aquí? —pregunta, porque, claro, él *no* me acosa, así que no tiene esa información guardada.

—Soy de Delaware, en la zona de Newmark —respondo. La ciudad está a una hora de Filadelfia.

Entonces, me suena un mensaje en el teléfono e intento abrir el bolso con todas mis fuerzas. Me siento agradecida por esta interrupción. Es Everly.

«¿Ya en casa?».

«No».

«¿Cómo va?».

«Es incómodo».

«Jo, ¿en serio?».

«Va fatal».

«¿Pero casi estás en casa?».

«Seguramente llegue en cinco minutos».

—¿Va todo bien? —pregunta Gabe mientras guardo el móvil en el bolso de mano.

—Sí, bien. Gracias. Mi casa está a la vuelta de la esquina. Gira a la izquierda por la calle Presidential.

Asiente, pero no dice nada.

—La calefacción incorporada de los asientos está bien —comento. Tengo que callarme. Cállate, cállate, cállate.

Nos detenemos en un semáforo y él baja la mirada a mis piernas desnudas en su asiento de cuero caliente y sonrío con suficiencia.

—Suponía que te gustaría —dice.

El semáforo se pone en verde y guío a Gabe hasta mi piso. Aparca en un hueco que hay frente al edificio.

—Gracias otra vez, gracias. Por traerme. —«Qué bien balbuceas, Sandra»—. ¡Pues eso, gracias! —añado, abro la puerta y la cierro cuando salgo. Llego a la parte delantera del coche y entonces oigo que otra puerta se cierra y veo a Gabe, que también se dirige hacia la parte delantera.

—¿Qué hace?

—Acompañarte hasta la puerta —dice con una sonrisa—. Es tarde y está oscuro —añade, mirando alrededor.

Por supuesto. Claro que iba a hacerlo. Asiento y empiezo a caminar; sus pasos sólidos y tranquilizadores resuenan a mis espaldas. Han echado sal en las aceras por el frío y se oye un crujido cuando piso los granos con los tacones. Se me están congelando las piernas. Realmente echo de menos los pantalones que llevaba puestos cuando he salido de casa. Llego a la puerta y saco la llave.

—Aquí es —digo, y meto la llave en la cerradura.

Me giro y lo veo ahí, de pie, con las manos en los bolsillos del abrigo, en silencio. Mmm, ¿qué más se supone que tengo que decir? Él eleva una ceja. Tiene un aspecto incluso más adorable cuando lo hace, con las gafas puestas, pero no dice nada. Se produce un silencio incómodo que se alarga un millón de años. ¿A qué espera? Ah, debería darle las gracias.

—Gracias por acompañarme hasta la puerta —digo, y levanto el pulgar—. Pues eso, gracias. Buenas noches —añado, y entonces entro y cierro la puerta.

Soy una idiota. Han sido los diez minutos más vergonzosos de mi vida.

Me desplomo contra la puerta y dejo caer la cabeza entre las manos. ¿Qué pensaba que iba a pasar? ¿Que se invitaría a sí mismo a entrar en mi casa? ¿Que me besaría? ¿Que me tumbaría sobre el sofá y me follaría como ponía en el estúpido cuestionario porque él siente lo mismo que yo?

Era poco probable, tonta. Suspiro y me separo de la puerta, cuelgo el abrigo en el armario del vestíbulo y camino hacia la cocina. Menos mal que compré helado cuando fui al supermercado el otro día. Creo que tengo de chocolate con nueces y malvavisco. Y de fresa. «Puede que coma de los dos», pienso con una actitud desafiante mientras me quito los tacones delante de la nevera. Tengo la mano en el bote de helado de fresa cuando llaman al timbre.

Dejo el helado y camino descalza hacia la puerta. «¿De verdad acaba de llamar alguien al timbre o me lo he imaginado?», me pregunto mientras echo un vistazo por la mirilla.

No estoy loca. Gabe sigue de pie delante de mi puerta.

El corazón me late con fuerza en el pecho. Oh, Dios mío. Gabe Laurent está en mi puerta. Porque no se ha marchado después de que la cerrara. Lo cual solo quiere decir una cosa; hasta yo lo sé.

Abro la puerta. Tiene un brazo apoyado en el marco de la puerta y está en silencio mientras lo contemplo. Es unos centímetros más alto que yo ahora que no llevo tacones. Gabe entra y me atrae hacia él mientras cierra la puerta de una patada. No dice ni una palabra; en su lugar, me agarra bruscamente por la nuca e inclina la cabeza para besarme en la boca. Sus labios son justo como me los imaginaba. Suaves y, al mismo tiempo, agresivos. Exigentes. Suena el pestillo de la puerta y, entonces, su otra mano aterriza en mi cadera y me guía de espaldas hacia la habitación.

—Desnúdate —ordena, y se separa de mí.

Sigo inclinada hacia delante; mi mente todavía intenta procesar el hecho de que sus labios se han separado de los míos.

—¿Qué?

—Quítate la ropa —exige, y sacude los hombros para quitarse el abrigo. No aparta los ojos de los míos cuando lo tira encima del respaldo del sofá.

Dudo mientras echo un vistazo a mi atuendo. No hay mucha diferencia entre vestir esta ropa y estar completamente desnuda. La única ropa interior que llevo puesta son unas bragas negras; el sujetador se quedó con la camisa y

los pantalones cuando Everly me hizo este cambio de imagen fiestero.

—¿Quieres que me vaya, Sandra?

Toqueteo el botón de mi chaqueta. ¿Quiero que se vaya?

—¿Quieres algo de beber? —pregunto en lugar de responder, y aparto la vista de él hacia la cocina. ¿Acaso tengo algo que ofrecer a Gabe? Una botella abierta de vino o un refresco bajo en calorías. Es poco probable que quiera algo de eso.

—No. —Niega con la cabeza y esboza una sonrisa mientras se afloja el nudo de la corbata—. No. No me apetece beber nada.

Trago saliva y asiento. Esto es real. Está pasando de verdad. Gabe me desea. No es un producto de mi imaginación. «Es el momento de darlo todo, Sandra».

Me desabrocho el botón de la chaqueta, que se desliza por mis hombros, y la dejo caer al suelo, detrás de mí. Miro a Gabe rápidamente para observar su reacción. Se frota el labio inferior con el pulgar y el índice y asiente ligeramente, una silenciosa señal para que continúe. Tomo aire y, con los pulgares, deslizo la falda por las caderas hasta que también cae al suelo, junto con la chaqueta. Lo único que llevo puesto son las bragas.

—No pares —dice, a unos cuantos centímetros de mí, con los ojos fijos en los míos. Sigue totalmente vestido y hace que me sienta sucia en el mejor de los sentidos.

Me muerdo el labio inferior y engancho las bragas con los pulgares. No son muy sofisticadas —son de algodón negro y tienen encaje en la pretina—, pero no voy a pensármelo demasiado porque no creo que a él le importe; solo quiere que me las quite. Las bajo hasta la mitad del muslo con ambas manos, luego sigo con una, saco un pie y, después, el otro, hasta que quedan colgando de los dedos de una mano. Las suelto e intento reprimir el escalofrío que quiere recorrerme el cuerpo, tanto por los nervios como por la temperatura del piso.

Gabe se acerca al acecho. No hay otra forma de describirlo. Está solo a unos pasos, pero se toma su tiempo. Me alcanza y me aparta el pelo del hombro, luego se inclina hacia delante y me mordisquea el lóbulo de la oreja.

Apoya la mano en mi cintura y extiende los dedos sobre la parte superior de mis nalgas. Hace que me moje al instante, lo cual es ridículo, pero cierto al mismo tiempo. Nunca he estado tan preparada para la acción tan rápido.

Tengo los pezones duros. Presionan contra la tela de su chaqueta. Me alegro de que esta no sea la que viste para ir a la oficina, de lo contrario, tendría que dimitir. Estoy segura de que con solo verla un martes me haría babear en el escritorio.

—Dime qué quieres y lo haré realidad —me dice al oído antes de llevar los labios a mi mandíbula.

—Lo quiero todo —respondo con atrevimiento. Y, seamos sinceros, ¿Gabe Laurent en mi piso? Puede que esto nunca se repita. Quiero experimentar todo lo que me pueda ofrecer.

Él ríe suavemente.

—Ten cuidado con lo que deseas, Sandra —responde. Luego, desliza la mano apoyada en la parte baja de mi espalda, me mete el índice entre las nalgas y lo desliza hacia delante y hacia atrás. Con la ayuda del pulgar, mantiene la mano fija, y el resto de los dedos se hunden en mi carne.

Me estremezco durante un segundo, sorprendida por sus caricias atrevidas, pero entonces me relajo y me coloca las manos en su pecho. Desliza mis palmas por la tela de su chaqueta. Me gusta la sensación: es suave y, al mismo tiempo, firme, y siento su fuerza bajo las capas de tela.

—Quiero lo que tú quieras —respondo, y me pego más a él.

Gabe me sostiene por las nalgas y me eleva hasta que le rodeo la cintura con las piernas, agradecida por primera vez en mi vida de tenerlas tan largas. Me restriego contra él y, entonces, me detengo en seco.

—¿Qué pasa? —pregunta, e interrumpe lo que me estaba haciendo en el cuello.

—Nada —miento mientras me mantengo quieta. No es fácil.

Gabe me pellizca el culo con fuerza, me sostiene la barbilla con la otra mano y la gira hacia él. El pellizco duele, y hace que me ponga todavía más húmeda. Me mantengo rígida entre sus brazos, intentando mantener el equilibrio para evitar frotar mi cuerpo contra el suyo.

—¿Qué pasa? —exige saber otra vez con tono firme.

—No quiero mojarla la chaqueta —digo, y desvío la mirada de sus ojos.

Él hace una pausa para asimilar lo que he dicho. Por el rabillo del ojo, veo que sus labios se curvan. Le hace gracia. Entonces dice:

—¿Te da vergüenza? —Me encojo de hombros—. Eres deliciosa, Sandra.

¿Lo soy?

Gabe coloca un brazo en mi espalda, apoya la mano en la nuca y me engancha, dejando claro que le da igual su chaqueta. Aún noto la sonrisa que tiene en la cara cuando vuelve a besarme, así que me olvido de la limpieza en seco, aprieto los tobillos contra su espalda y me muevo contra él sin vergüenza alguna. Gabe empieza a caminar y el simple movimiento de sus pasos me hace rebotar tanto contra su cuerpo que podría correrme así si el camino hasta mi cama fuera más largo.

Encuentra mi dormitorio —una de las dos habitaciones con la puerta abierta del piso; la otra es el baño— y se inclina sobre la cama hasta que lo suelto. Me arrastro al centro del colchón, cruzo los tobillos y siento que, al menos, eso me hace parecer un poco más recatada. Veo como se gira y se quita la chaqueta. Creo que está buscando un lugar donde dejarla en mi pequeña habitación —un perchero o una silla, aunque no tengo ninguna de esas dos cosas en este espacio limitado—, pero no es así. Está buscando el interruptor de la luz. Me doy cuenta cuando fija la vista en él y lo pulsa.

Lo miro a él y al plafón del techo. ¿Quiero hacerlo con la luz encendida? Por una parte, así lo veo a él; pero por otra parte, así me ve él a mí. Debe de notar que dudo porque usa el regulador de intensidad de la luz —gracias a Dios que tengo uno— y la reduce ligeramente.

—¿Te pongo nerviosa, Sandra? —pregunta desde el marco de la puerta mientras se afloja la corbata.

—Un poco —admito—, pero en el buen sentido.

—¿En el buen sentido?

—En un sentido excitante —respondo.

Se desabrocha la camisa.

—¿En un sentido sexual?

Asiento.

—En el sentido de «apuesto a que sabes lo que haces».

—¿Y tú? ¿Sabes lo que haces? —pregunta, con las cejas levantadas.

—Probablemente no tanto como tú —confieso y, entonces, hago una pausa. Eso ha sonado un poco sentencioso, creo, y frunce el ceño, pero ríe.

—Probablemente no —coincide conmigo, y se baja la cremallera de los pantalones.

Se le deslizan por las caderas y la saliva se acumula en mi lengua mientras lo contemplo. Su cuerpo es exactamente como me lo había imaginado escondido bajo la ropa —perfectamente definido, y tiene el pecho ancho y los brazos musculosos—. La vena de su antebrazo me llama la atención cuando coloca las manos en la banda elástica de los calzoncillos. Tiene unas caderas esbeltas y, Dios, esa V que tienen los tíos. Bueno, no todos los tíos. Ninguno de los chicos con los que he estado la tenía. Pero Gabe sí, acompañada por un vientre plano y una pizca de vello que desciende hasta el interior de los calzoncillos que se le deslizan por las caderas en estos instantes.

Capítulo 6

Gabe

Dejo caer los pantalones y me toco con los ojos puestos en Sandra. No finge no mirar. Me gusta eso. Es más valiente de lo que pensaba con sus miradas tímidas y las mejillas sonrojadas. Tiene las pupilas dilatadas y la punta de la lengua sale disparada para mojar los labios mientras me observa. Mantengo la vista fija en ella y contemplo cómo me mira cuidadosa y lentamente la polla antes de que sus ojos asciendan por mi torso y se encuentren con los míos. Se sonroja y desvía la mirada. Río.

—Mira todo lo que quieras. Me gusta.

Vuelve a posar los ojos en los míos, con el labio inferior entre los dientes, y, entonces, empieza a respirar más rápido cuando reduzco la distancia que nos separa. Todavía tiene las piernas cruzadas con timidez. Las separo, las agarro y arrastro a Sandra hasta el borde de la cama.

—¿Tienes condones? —pregunto. Es una pregunta estúpida porque tengo unos cuantos en la cartera y solo la hago para verla sonrojarse. O confirma mi suposición de que no tiene ninguno a mano o abre el cajón de la mesita de noche y echaré un vistazo a lo que tiene.

No me decepciona cuando se le ruborizan las mejillas mientras niega ligeramente con la cabeza.

—No tengo —contesta mientras echa un vistazo a mi erección con una expresión de arrepentimiento—. Hay una farmacia veinticuatro horas a un kilómetro y medio de aquí —dice suavemente—. Muy cerca —añade con una

chispa de duda en la voz, como si hubiera una posibilidad de que prefiriera irme a casa antes que follármela. Qué chica.

—Tengo algunos en la cartera —respondo, y ella sonríe, aliviada.

Con el trasero de Sandra en el borde de la cama, le doblo las rodillas, la abro de piernas y me coloco entre ellas. Gruñe, arquea la espalda y sus puños se aferran a las sábanas, a ambos lados de las caderas. Me tomo mi tiempo para observarla: miro su cara sonrojada, sus tetas, la pequeña curva de su estómago y, finalmente, más abajo. Tiene un pequeño triángulo de vello que hace que la polla me palpite. No es mucho, no más que una tira de un tono más oscuro que el de su cabello rubio, pero no puedo dejar de mirarlo. Pongo la mano sobre él y trazo el triángulo con la punta del dedo. Sé que me va a volver loco saber que esto es lo que esconde bajo su ropa recatada en el trabajo. Este recuerdo estará grabado en mi cerebro cada vez que la vea en la oficina.

Sus puños vuelven a aferrarse a las sábanas, emite un pequeño ruido irreconocible en la parte trasera de la garganta y gira la cabeza hacia un lado. Ahí está mi chica tímida otra vez.

Dejo las gafas en la mesita de noche y me inclino para chuparle un pezón mientras mi polla descansa sobre la piel suave de su estómago. Lamo la parte de debajo de sus pechos y, entonces, le muerdo el pezón y gime; el sonido es como música para mis oídos. Sus manos se mueven de la cama a mis hombros; su tacto es dubitativo al principio y se vuelve cada vez más seguro mientras yo le pongo la mano sobre un pecho y luego sobre el otro, alternando con la boca. Sus tetas son perfectas; solo un pelín pequeñas en mis manos grandes, y me doy cuenta de que eso me gusta: el peso y la sensación es ideal, tiene los pezones duros como una piedra cuando los acaricio con los labios y los dedos. Desliza una de sus manos desde mi hombro y apoya la palma en el pecho mientras llevo la boca de vuelta al suyo. Coloco la mano sobre la suya, la muevo hacia abajo y hago que me rodee el miembro con los dedos, mientras muevo su pulgar para que toque el líquido preseminal que la está esperando. Sandra inspira profundamente y me acaricia con el pulgar. Me encanta sentir sus manos en mi cuerpo. Inclino la cabeza lo bastante para observarla. Tiene las uñas pintadas de color azul marino o morado oscuro — ni lo sé ni me importa—, pero el pintaúñas delinea su pulgar perfectamente mientras se mueve por mi polla, y eso me gusta mucho. Tira de mí con

suavidad, como suelen hacer las mujeres, aunque no con tanta violencia como lo haría yo mismo.

—Más fuerte —le digo y sus ojos vuelan hacia los míos y se abren con sorpresa.

Me agarra con más fuerza mientras me sostiene la mirada e inclino la frente sobre la suya cuando deslizo un dedo en su interior. Está más mojada de lo que esperaba. Me aprieta el dedo al instante y hace que mi polla salte en su puño.

Saco medio dedo y meto dos. Sandra cierra los párpados y comienza a respirar más rápido. Sé que podría hacer que se corriera en un minuto o dos, pero de repente estoy saturado con todas las sensaciones. Saturado de Sandra. Por sus mejillas sonrojadas, sus ojos, los pequeños jadeos que salen de su boca. Es demasiado. Demasiado, joder. Si la miro a la cara cuando se corra, lo siguiente que sé es que me quedaré a desayunar. Y eso no va a pasar.

Saco los dedos de su interior y la coloco bocabajo antes de que tenga oportunidad de reaccionar. Tiene el culo apoyado en el borde de la cama y las piernas colgando.

—Arrodíllate en el borde —ordeno antes de chupar lo que ha dejado en mis dedos. Otro error. Ahora me acordaré de cómo sabe y de qué aspecto tiene desnuda.

Sandra levanta una pierna y luego la otra hasta que está en la cama delante de mí; está a la altura perfecta. Por un momento, me arrepiento —quería ver cómo le botaban las tetas mientras me la follaba—, pero esta vista también es buena.

Me llevo la mano a los pantalones, cojo un condón y lo coloco en mi miembro. Tendría que haberle ordenado que lo hiciera antes de darle la vuelta; me habría gustado ver cómo me lo pone con torpeza, porque seguro que habría ocurrido eso, al menos un poco.

Me inclino y la beso en la parte baja de la espalda y ella gira la cabeza. El pelo rubio le cae sobre uno de los hombros. Me sonrío con las mejillas sonrojadas antes de darse la vuelta y apoyarse sobre los codos. Al hacerlo, acerca el trasero hacia mí. Me toco y guío la punta de mi polla hacia sus nalgas y empujo con suavidad. Sandra empuja hacia atrás a la vez —me gusta—, pero me abstengo de embestirla de golpe porque la sensación cuando se separa de mi polla es adictiva y quiero disfrutar con cada centímetro que la

penetro. Está cálida y húmeda —y es estrecha—. Echo un vistazo a mi polla, la mitad está en su interior, y, cuando menea el culo un poco para intentar animarme a adentrarme más, estoy a punto de perder el control y le doy lo que pide. A ver si me explico. Me la voy a follar a lo bestia, pero no soy un maldito adolescente, así que no voy a apresurarme.

La saco unos centímetros y luego entro más, y continúo con el lento descenso al interior de su cuerpo mientras llevo las manos a sus caderas. Me gusta sentirla debajo de mis manos; está suave y huele ligeramente a canela. Su culo curvilíneo continúa hasta una cintura mucho más pequeña que recorro con las manos. Las paso por sus costados estilizados antes de penetrarla profundamente y agarrarle las tetas al llegar al fondo.

Ella jadea y se remueve un poco hacia delante mientras se acostumbra al tamaño de mi miembro.

—Eres preciosa —digo antes de darme cuenta. ¿Qué coño estoy diciendo?

Le suelto las tetas antes de que pueda responder y la agarro de los hombros. Entonces me retiro y la embisto con tanta fuerza que se habría dado de bruces con la cama si no la estuviera agarrando por los hombros. Es preciosa, pero eso no importa ahora. Me la estoy follando, no estamos haciendo el amor.

Después de eso, no se oye otra cosa aparte del sonido de nuestra piel chocando y los pequeños gemidos y suspiros que salen de su boca mientras la penetro. De su boca salen muchos «Oh, Dios, Gabe», y, cuando se corre, su coño me agarra con tanta fuerza que me pregunto si es posible que me salga un moretón en la polla. Valdría la pena. La embisto durante otro minuto antes de correrme. Hace tiempo que Sandra ha dejado de apoyarse con los codos y está despatarrada en la cama delante de mí. Se da la vuelta y me mira después de salir de ella. Su expresión es de saciedad y felicidad, y un poco de asombro.

Y dado que nunca he estado más interesado en quedarme después de follarme a alguien...

Me marcho.

Capítulo 7

Gabe

Es el lunes después de Año Nuevo y he vuelto al trabajo. Han pasado cuatro días desde Nochevieja. Cuatro días desde que vi a Sandra. He tenido cuatro días para pensar en el hecho de que no parecía herida cuando me puse los pantalones y me marché. Se limitó a meterse bajo las sábanas de la cama y dijo:

—Gracias por traerme a casa.

¿Qué coño significa eso? ¿Gracias por traerme a casa? Sé que no es de las que practican sexo esporádico; no es posible —estaba demasiado nerviosa, no tenía condones a mano—. Ni siquiera me pidió que me corriera dentro, por el amor de Dios. Tuve que autoinvitarme a entrar después de que me cerrara la puerta en la cara. Así que no, seducir hombres o echar polvos ocasionales no es algo que Sandra haga con regularidad. Así que la despedida informal me dolió a pesar de que era yo el que se marchaba. A pesar de que era yo el que no tenía intención de pasar la noche allí.

Tiro a la basura el vaso de cartón del café con el que he venido al trabajo y me doy cuenta de que Sandra no ha llegado todavía cuando paso por su mesa, al lado del despacho de Sawyer. Cierro la puerta igualmente y el clic hace que Sawyer levante la vista de la pantalla de su escritorio.

—Ey —dice a modo de saludo.

—Ey —respondo. Me acerco y birlo una botella de agua de la mininevera de la pequeña cocina integrada que se extiende a lo largo de la pared de su

despacho.

—No volviste a la fiesta la otra noche —dice Sawyer, que se recuesta en la silla y me mira con los ojos entrecerrados.

—¿Sí? ¿En serio? —contesto—. Pasé un rato con Sandra —añado cuando me observa sin decir palabra alguna.

—Dios, Gabe. Te dije que no era esa clase de chica. —Suelta un suspiro, un puto suspiro de verdad, y se recuesta en la silla.

—¿Qué tipo de chica, Sawyer? —pregunto, molesto.

—No es un rollo pasajero.

—Que te den, Sawyer. Es una mujer adulta. Además, me dijiste que fuera a por ella.

—No. —Niega repetidamente, mirándome como si hubiera perdido la cabeza—. No, dije lo opuesto a «ve a por ella». Creo que dije algo así como «aléjate de ella» y «empleada».

—Es tu empleada, no la mía —discuto.

—Tienes el treinta y cinco por ciento de esta empresa, imbécil, así que eso también la convierte en tu empleada.

Me encojo de hombros.

—¿Entonces por qué me enviaste ese mensaje? —pregunto, y saco el móvil del bolsillo y lo meneo en su dirección.

—¿Qué mensaje?

—En Nochevieja —respondo, sin molestarme en eliminar la implicación de mi tono de voz de que es un idiota.

Entonces los dos nos quedamos en silencio con el ceño fruncido mientras Sawyer coge su teléfono y yo busco entre mis mensajes antiguos. Encuentro el que me envió poco después de dejar a Sandra en su casa. En ese momento todavía estaba en el descansillo de su apartamento, sorprendido por que no me hubiera invitado a entrar, y entonces recibí una notificación de que tenía un mensaje nuevo. Cuando lo encuentro, compruebo que no estoy loco y que sí me lo envió Sawyer. Entonces lo leo en voz alta.

—«Vago de mierda, no te va a pedir que entres. Sé un hombre y autoinvítate. Luego quítate los pantalones. Te veo el lunes».

Levanto la vista hacia Sawyer cuando termino de hablar. Sacude la cabeza con una estúpida y amplia sonrisa en la cara.

—Dios, esta chica... Ese mensaje lo escribió Everly. Ni siquiera sé cómo consiguió mi móvil. —Sin embargo, sigue sonriendo.

—Ah. —Asiento cuando entiendo lo que dice—. Hablando de Everly... es especial. Un poco joven —añado con énfasis para recordarle que había insinuado que yo era demasiado mayor para Sandra.

—Sí —coincide conmigo—. Pero me voy a casar con ella, Gabe, no voy a romperle el corazón.

Ya me lo había imaginado. Nunca lo había visto mirar a alguien de la manera en que mira a esa chica. Y es mi mejor amigo desde la universidad, así que he visto ir y venir a muchas mujeres.

Sawyer echa un vistazo a la puerta cerrada y luego a mí.

—Mira, Gabe, no sé qué está pasando entre Sandra y tú, no quiero saberlo, pero necesito que pares antes de que se haga daño.

—Vale. —Me encojo de hombros, sin comprometerme—. Vale —repito, y suspiro.

Probablemente tenga razón. Sandra parecía estar de acuerdo con lo que fuera que ocurrió la otra noche. Debería dejar las cosas así. Parece el tipo de chica que se pondrá a elegir nombres de bebés y a planear el «felices para siempre», y no necesito eso, joder. No. Estoy en la flor de la vida, ¿verdad? Soy guapo. Estoy forrado. No tengo responsabilidades a excepción del trabajo. Mi vida es genial.

Así que abro la puerta del despacho de Sawyer con la intención de volver al mío. Con la intención de llamar a una docena de mujeres que tengo en el teléfono y concertar algo. Pero Sandra está en su escritorio. Y Dave, el de *marketing*, también. Y él le está devolviendo la sonrisa. Capullo. Paso junto a ellos y lo oigo preguntar si la recoge en casa el viernes o si quedarán en la oficina. Sigo caminando, tiro la botella de agua vacía que le he birlado a Sawyer en una papelería de reciclaje de camino a mi despacho y le devuelvo un «Buenos días» a mi asistente cuando paso a su lado. Me siento en mi escritorio un minuto, tamborileando sobre la superficie con los dedos, antes de agarrar con brusquedad el auricular del teléfono de mi escritorio y marcar el número de la extensión de Sandra. La pantalla digital del sistema de teléfonos de la empresa anuncia todas las llamadas entrantes, así que sé que ve que soy yo. Responde al segundo tono.

—Necesito verte en mi despacho —digo. Y luego cuelgo. Sawyer tiene

razón. Debería cortar de raíz el asunto ahora mismo, antes de que se me vaya de las manos.

Llega exactamente cuatro minutos después, tres minutos y treinta segundos más de lo que se tarda en ir del despacho de Sawyer al mío, si lo cuentas. Cruza el umbral de la puerta con un pequeño bloc de notas en la mano, aparentemente preparada para alguna maldita reunión de trabajo.

—Cierra la puerta —suelto, y al instante me arrepiento de haber utilizado un tono desagradable, cuando percibo cómo la ansiedad se apodera de su rostro.

Sandra se dirige a la puerta, la cierra con suavidad y se da la vuelta. Hace una pausa momentánea antes de acercarse. Lleva un vestido, una especie de suéter de punto *beige* que se le pega a los pechos y las caderas. Pechos y caderas de los que tengo un claro recuerdo. Debería habérmela follado con las luces apagadas. Mi memoria es cruel.

Sandra se detiene a unos centímetros de mi escritorio. No se sienta; en su lugar, se queda de pie, dubitativa, y respira hondo, como si se estuviera preparando para algo, aferrada con las dos manos al bloc de notas. Lo mira mientras yo no hago otra cosa que recorrer su cuerpo con los ojos y revivir la otra noche.

—Me ha pedido que viniera, ¿no? —me apremia. Fija los ojos en los míos a la velocidad de un rayo y, efectivamente, me recuerda que he sido yo quien la ha hecho venir a mi despacho. Debería haberme inventado una razón para ello en lugar de mirar fijamente el reloj como un idiota obsesionado.

Cierto.

«Piensa en algo, Gabe».

—¿Estás saliendo con Dave? —Eso es lo que se me ocurre. ¿Por qué coño lo he dicho? Es lo último de lo que quería hablarle.

Sandra deja caer los hombros y su rostro refleja confusión.

—¿Qué? —pregunta, y la confusión empieza a dar paso a la irritación. Me pregunto si le gusta Dave. Yo soy más guapo que Dave.

Dios, soy un idiota.

—He pensado que deberíamos hablar —respondo, dejando de lado el tema de Dave por ahora—. Sobre lo de la otra noche.

—No pasa nada —suelta—. Lo entiendo.

—¿Qué entiendes?

—No diré nada.

—¿Qué? —Me quedo mirándola, pasmado.

—Lo pillo, señor Laurent. No diré nada —asegura, y niega con la cabeza una vez—. Como si nunca hubiera pasado —añade al ver que no respondo.

Me levanto, rodeo el escritorio y me detengo justo frente a ella. Las puntas de mis zapatos están a pocos centímetros de los dedos de sus pies, enfundados en unos zapatos de tacón. Se ve obligada a inclinar la cabeza hacia atrás o mirar mi barbilla, así que hace lo primero y posa los ojos en los míos. Parece estupefacta, confundida y... excitada. Eso es lo último que veo antes de llevar mis labios a los suyos; muevo la mano, la enredo en su pelo y le coloco la cabeza exactamente como quiero. Tengo la otra mano en su cadera y la empujo hacia atrás hasta que su trasero choca con el borde del escritorio.

—¿Necesitas un recordatorio? —pregunto, y alejo los labios de los suyos. Le paso las manos por el culo y la atraigo hacia mí al tiempo que agarro el dobladillo del vestido y lo levanto un poco—. ¿Tienes memoria a corto plazo, Sandra?

—No —dice, y niega levemente con la cabeza—. Por supuesto que no. Por supuesto que me acuerdo. —Me recorre el pecho con los ojos de arriba abajo y luego vuelve a levantar la vista—. Lo recuerdo todo —añade suavemente, con las mejillas sonrojadas.

—Todavía no te lo he enseñado todo —murmuro, y abre los ojos como platos.

—¿No?

—Ni de lejos.

La empujo suavemente al escritorio y ella se inclina hacia atrás, apoyada en los codos y con el culo en el borde de la mesa. Me coloco entre sus piernas, me inclino sobre ella y le cubro la boca con la mía mientras le paso las bragas por las caderas y se las bajo por las piernas. Al llegar a los tobillos, le quito los zapatos. Sandra gime cuando le separo las piernas y doy un paso entre ellas y recorro sus muslos desnudos con las manos. Remueve las caderas en el escritorio, desesperada por algo más.

—Me gusta —digo, trazando con el dedo el pequeño triángulo de vello de su coño.

—Vale —suspira, y sus ojos se encuentran con los míos antes de desviar

la mirada y morderse el labio inferior.

«Está a punto de sentirse mucho más avergonzada», pienso para mis adentros mientras me pongo de rodillas y le beso el interior del muslo.

—Oh, Dios... señor Laurent. —Arquea la espalda de nuevo y menea el trasero—. ¿No iré a hacer eso? —pregunta entre jadeos. Es tan hermosa, joder...

—Sí —confirmo, y le pongo los pies en el borde del escritorio para que esté tan abierta como las alas de una mariposa.

Sandra intenta cerrar las piernas, sacude la cabeza y susurra «no».

Me detengo.

—¿Dices no porque quieres que pare? ¿O es porque te da vergüenza?

—¡Sí! —Echa la cabeza hacia atrás y posa la mirada en el techo—. No pares.

Le beso el interior del otro muslo y entonces hago una pausa.

—Entonces, ¿eso es un sí?

Sandra asiente, se deja caer de espaldas sobre el escritorio y se tapa los ojos con el antebrazo.

—Sí, no puedo creer que esto esté pasando otra vez. Sí.

Eso es suficiente para mí. Me inclino y deslizo la lengua de abajo a arriba y, luego, la abro con los pulgares. Quiero ver todas y cada una de las partes de su cuerpo. Probar cada centímetro de ella. Su coño es tan bonito como esperaba, rosa y esponjado, y su aroma me hace querer pasarme aquí todo el día, entre sus piernas. Le cubro la boca con la mano, presto atención a todos los movimientos de sus caderas, a todos los suspiros que salen de su boca, y me adapto a ella. Cuando le introduzco dos dedos, me agarra del pelo y tira de él; oigo unos tenues gemidos mientras disfruto de cada delicado pliegue de su coño y de su sabor.

—¿Cómo haces eso? —gruñe.

Su pelo rubio está esparcido por mi escritorio y con sus puños, enredados en mi pelo, me acerca y me separa de ella.

Río, le succiono el clítoris con los labios y luego saco los dedos y le rodeo el ano con las puntas de los dedos, empapados.

—Oh, oh, oh —gime.

Eleva las caderas del escritorio para escapar de mis dedos, pero las

manos enredadas en mi pelo siguen acercándose a ella con firmeza. Le presiono el bajo vientre con una mano para mantenerla quieta, sin permitirle escapar del placer que se acumula. Entonces, le chupo el clítoris con fuerza y deslizo el dedo índice en el interior de su culo. Se corre; cierra las piernas, sus rodillas chocan con fuerza y me entierra los dedos en el cuero cabelludo.

Por mucho que me guste sentir cómo se corre una mujer en mi polla, no hay nada como verla a ella correrse con tu cara hundida en su coño, con la lengua y los dedos dentro de ella. No hay nada como ver cómo mueve las caderas bruscamente y tiene un orgasmo en tu cara.

Ver correrse a Sandra es eso multiplicado por cien. Olerla, probarla, tragarla... Joder. Continúo besándola suavemente mientras se le calma la respiración y relaja las piernas; deja caer las manos de mi cabeza al escritorio. Entonces, la beso en los muslos mientras me dirijo hacia abajo, recojo sus bragas del suelo, le enderezo las piernas y se las pongo.

—Oh, Dios mío. ¿Qué acaba de pasar?

Levanta las caderas, se coloca bien la ropa interior y luego se baja del escritorio.

—Un recordatorio, eso es lo que acaba de pasar —contesto mientras me pongo en pie.

Se le abren mucho los ojos cuando me limpio la boca con la mano y vuelve a sonrojarse. Percibo en sus ojos una mezcla de excitación y mortificación.

—Señor Laurent... —empieza a decir, y yo la interrumpo con una suave risa.

—¿Qué ha pasado con Gabe? —pregunto. Sé que me llamó Gabe la otra noche y ahora me ha llamado señor Laurent dos veces. No me quejo; es un poco *sexy*.

—Estamos en el trabajo —susurra suavemente, como si alguien más pudiera oírla.

Entonces río en voz alta.

—Eres adorable.

—Estoy trabajando. Oh, Dios. Acabo de acostarme con alguien en el trabajo.

Ahora está hablando consigo misma; estoy muy seguro. No me está

mirando. En su lugar, se calza los zapatos y se estira el vestido para alisar el tejido de punto con la palma de las manos varias veces.

—Sexo oral. ¿Eso lo mejora o lo empeora? Oh, Dios mío.

Está sonrojada y da vueltas, con la vista fija en el suelo. Localiza el bloc de notas y el bolígrafo, los recoge y se dispone a salir del despacho. Yo la sigo y coloco la mano en la puerta cuando estira el brazo para agarrar el pomo.

—Espera —digo, y ella se detiene. Le aliso el pelo de «recién follada» con los dedos, se lo aparto de la cara y se lo coloco detrás de los hombros. Me demoro tanto como puedo; siento los mechones suaves entre los dedos—. Cancelarás lo que sea que hayas planeado con Dave.

Quería decirlo en forma de pregunta, pero suena como una aseveración. De repente, su rostro refleja perplejidad, pero enseguida da paso a la determinación. Y entonces dice una palabra antes de abrir la puerta.

—No.

Capítulo 8

Sandra

Abro la puerta con brusquedad y salgo a zancadas con Gabe pisándome los talones. Este es un lugar de trabajo. Tengo cosas que hacer en mi escritorio, no *encima* del de Gabe. ¿En qué estaba pensando? No estaba pensando, obviamente. Gabe y su cara perfecta me han cegado. Y su lengua.

Oh, Dios. Ha... había olvidado que Preston estaba aquí fuera. Y sé que es imposible que no se haya dado cuenta del largo rato que he pasado en el despacho de Gabe con la puerta cerrada porque su silla está orientada en esa dirección y está comiendo palomitas. Literalmente. Tiene una bolsa de palomitas de microondas en la mano y está relajado en la silla, con una sonrisa de idiota en la cara. Nos mira a mí y a Gabe, y entonces echa un vistazo al reloj mientras se lleva otro puñado a la boca.

—Llegas tarde a la reunión de Hannover —le dice a Gabe con una sonrisa apenas contenida—. Te están esperando.

Gabe suspira detrás de mí y empieza a caminar con vacilación cuando Preston se gira en la silla y me grita «¡No almuerces sin mí, Sandy!» mientras vuelvo pitando a mi propio escritorio.

Me dejo caer en la silla y muevo el ratón para encender la pantalla del ordenador. Bajo el escritorio, mi pie rebota tanto que me tiembla la pierna. Suelto el aire e intento calmar la adrenalina que me recorre el cuerpo. «Solo respira, límitate a respirar. Actúa con normalidad. Actúa como si Gabe Laurent no acabara de tumbarte en su escritorio y comértelo todo». En el trabajo. A plena luz del día. Oh, Dios. Y lo del dedo. Me remuevo en la silla

al recordarlo. Porque me he sentido bien, me ha gustado. Me ha gustado sentir su dedo en el culo. Me he corrido cuando me ha metido el dedo en el culo. Me cubro rápidamente la cara con las manos por la vergüenza que siento. Eso no puede ser normal.

Así que no soy normal. Pero se supone que debería estar actuando con normalidad. Dejo caer las manos sobre el teclado. Solo estoy trabajando. Para eso me pagan, para que trabaje. No para dejar que el señor Laurent me dé placer un día laborable.

Un momento. ¿Eso me convierte en una prostituta? Aunque practicar sexo no está entre mis tareas, ha sido más bien un extra. Espera, eso no mejora nada. Da igual, estoy siendo ridícula. Está bien. Todo está bien.

—Buenos días —me dicen desde atrás y casi salto de la silla. Es Sawyer, y parece sorprendido por mi reacción.

—Lo siento. Me ha asustado.

—Estabas muy concentrada en el trabajo —contesta con una relajada sonrisa—. Te he dado los buenos días tres veces hasta que me has oído.

—Sí, debe de ser eso —coincido rápidamente, agradecida por la excusa.

—¿En qué estás trabajando? —pregunta, y echa un vistazo a la pantalla.

Jopé. ¿En qué estoy trabajando? Nunca me pregunta eso. Sawyer no es un jefe de los que revisan el trabajo al detalle y sé que no me está interrogando; solo quiere conversar, se interesa por lo que supuestamente me tenía tan concentrada. No quiero hablar con Sawyer sobre lo que me tenía tan concentrada.

—Mmm... —empiezo a decir, sufriendo por que se me ocurra algo. Es un lunes después de un puente. ¿En qué demonios estoy trabajando?

—¿Estás bien? Estás un poco roja.

Sawyer entrecierra los ojos.

—Yo, esto, sí. —Sacudo la mano para restar importancia a sus preocupaciones—. Estoy bien —añado, pero ya no me está mirando; está escribiendo un mensaje en el móvil. Entonces dice que necesita que vaya con él a una reunión fuera de las oficinas durante el resto del día.

* * *

Conseguí evitar a Gabe y Preston durante el martes. Solo debido a que los dos no estuvieron en las oficinas en todo el día porque tenían una reunión en Nueva York. Me quedo sin suerte el miércoles por la mañana, cuando Preston me arrincona en mi escritorio y exige que lo ponga al día con los cotilleos.

—Cuéntame todos los detalles jugosos —dice, y alarga la palabra «jugosos», haciendo un gesto lascivo con la lengua y la mejilla.

—Chsss —susurro. Echo un vistazo a la puerta abierta del despacho de Sawyer y luego miro a Preston—. Calla.

—Oh, ¿vamos a fingir que esto no está pasando?

—No está pasando nada —insisto.

—Mmm, vale —replica, agarra una lima de uñas que siempre tengo en el cajón y se sienta en el borde del escritorio. Se lima la uña y la examina antes de continuar—: Pues qué aburrido —murmura, mirándome con mordacidad—. Pero puedo esperar. Tengo todo el día.

—Preston —suspiro.

—Genial. Entonces hablaremos de Gabe en el almuerzo. A las once y media. Iremos al nuevo restaurante que han abierto en la calle. Invitas tú. Te espero en mi escritorio.

Se levanta de un salto de mi mesa y se marcha por el pasillo antes de que pueda decir que no. Sería inútil de todas formas; Preston siempre consigue lo que quiere.

A las once y media voy a por Preston y salimos del edificio. Caminamos una manzana hasta el restaurante que le gusta. Una vez que estamos sentados, escondo la nariz tras la carta para evitar el interrogatorio de Preston. Eso me da unos cuatro minutos. Cuando la camarera pasa por nuestra mesa, intento ganar tiempo diciendo que no sé lo que quiero, pero Preston me quita la carta de las manos, pide por mí y ahuyenta a la camarera.

—Así que has estado ocupada —empieza a decir, exprimiendo un limón en un vaso de agua con hielo.

—Muy ocupada. —Asiento y toqueteo mi reloj. Quizá pueda salirme con la mía hablando del trabajo—. He estado haciendo informes de calidad toda la mañana. Sabes que se tarda una eternidad en hacerlos bien. Y el viernes tengo el día libre por la boda de Marissa, así que tengo que terminarlos antes.

—Y Gabe te folló en su escritorio —continúa, como si yo no hubiera dicho una palabra.

—No es verdad —respondo, pero se me da fatal mentir, así que desvió la mirada y arrugo la nariz.

—¿Te folló en el sofá de su despacho? ¿Te sentaste a horcajadas sobre él en la silla? ¿Te tomó por detrás mientras estabas de pie con las manos contra la ventana? —Despliega la servilleta y la sacude antes de ponérsela en el regazo—. Sé que pasó algo ahí dentro.

—Esto... mmm. No fue exactamente así.

No es del todo una mentira, ¿no?

Desenvuelvo la pajita, la meto en el vaso y doy golpecitos en la punta con el dedo.

—¿Sexo oral, entonces? —pregunta Preston sin pestañear.

—¡Preston! —Me llevo la palma de la mano a los ojos mientras él ríe.

—¿Pero cuál es el problema? ¿No hizo que te corrieras? ¿Se corrió en tu pelo? Me ha pasado, cielo, se te quitan las ganas, lo entiendo.

—¡Para!

Dejo caer la mano, niego con la cabeza y, entonces, lo pongo al día sobre lo que ha pasado desde que lo vi antes de Navidad.

—¿Entonces cuál es el problema? A mí me parece que lo estáis pasando bien. —Nos han traído nuestros sándwiches y Preston muerde el suyo con ganas—. Polvetes a la hora del almuerzo. En la fotocopidora. Encuentros amorosos en la sala de conferencias.

—No es apropiado —le recuerdo.

—Lo apropiado rara vez es divertido.

—No puedo... —Me encojo de hombros e intento encontrar las palabras correctas—. Es que no puedo volcarme en algo que sé que no es real —digo, y entonces vuelvo a hacer una pausa antes de reunir el valor para decirlo en voz alta—. Me gusta, Preston. Me gusta mucho. Sé que es una tontería y que parece un encaprichamiento tonto, pero me gusta. Me gusta desde hace mucho tiempo, y no quiero que me haga daño si solo está pasándoselo bien conmigo.

—¿Por qué asumes que no es real? Parece que está colado por ti.

—¿Ah, sí? —pregunto—. No estoy segura.

—Sí. Si te preocupa que te vaya a dejar por tu mejor amigo, puedes estar tranquila. Gabe no está interesado en mí.

—Bueno, eso me tranquiliza. Gracias —respondo, aunque Preston está

bromeando.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no es culpa tuya que tu ex te dejara por tu mejor amiga?

—No sé, pero espero que menos de cien.

—Sandy...

—Siento que fue un poco culpa mía. —Me encojo de hombros—. ¿Cómo es que me rodeé de esas dos personas tan horribles?

—No les des ese poder. No dejes que impidan que seas feliz por su comportamiento de mierda. Es culpa suya, no tuya.

Suspiro.

—Tienes razón.

—¿O crees que a Gabe no le gustas porque se marchó antes de que se secase el semen?

—Oh, Dios, Preston. —Estoy segura de que tengo la cara muy roja—. Para.

—Parece que le gustaste lo suficiente como para repetirlo en su despacho el lunes —continúa de todos modos.

Le tiro la servilleta para que se calle y él ríe, pero pienso en Gabe mientras volvemos a las oficinas. ¿Me infravaloro al pensar que Gabe solo está interesado en una aventura secreta? Pienso en ello. Mucho.

Capítulo 9

Gabe

¿Por qué coño va a salir con Dave el viernes? Es ridículo. ¿Qué tiene él que no tenga yo? No puede estar tirándoselo. Bueno, sí podría... no le hemos puesto una etiqueta a lo que está pasando entre nosotros, así que es posible. Pero no es probable. Teniendo en cuenta cómo se sonroja cuando la toco. La falta de condones en su piso. Y sé que solo con pensarlo me convierto en un capullo, pero no parece el tipo de chica que se acuesta con más de uno en la misma semana. Así que no, no creo que se esté acostando con Dave.

Es abogado. Probablemente eso atraiga a las mujeres, ¿no? Pero yo soy el director financiero de una empresa multimillonaria. Estoy por encima de un abogado, ¿no? Joder, ni siquiera es jefe de nada, ni de cerca. ¿Cuánto tiempo lleva ese tipo trabajando aquí? Abro el buscador de mi ordenador y accedo a los informes de los empleados de la empresa. Dave Harcourt, veinticinco años, un año menor que Sandra. Se graduó de la Facultad de Derecho la primavera pasada y empezó a trabajar aquí un mes después. Probablemente todavía le deba dinero a la universidad. Mierda, ¿qué clase de capullo soy por pensar esto?

Debería invitarla a salir. Dave la ha invitado a salir. Debería dejar de acostarme con ella en el despacho y tener una cita con ella. ¿Y cómo hago que la dulce Sandra acceda a tener una cita conmigo?

Tamborileo sobre el escritorio con los dedos. Creo que me ha estado evitando durante toda la semana. Desapareció el lunes después de la aventura que tuvimos en mi despacho y, desde entonces, ha sido todo intriga y misterio.

Podría conseguir su número de teléfono de la base de datos de la empresa y empezar a mandarle mensajitos subidos de tono, pero creo que eso la asustaría.

Quiero llevarla a cenar a algún sitio agradable, y quizá a algún espectáculo. Debería conquistarla, llevarla a Nueva York el fin de semana. Tirar la casa por la ventana y convencerla para que me dé una oportunidad. Porque quiero estar con Sandra. Me gusta Sandra, joder. Y soy un maldito idiota por pensar que una aventura de una noche con ella sería suficiente.

Empezaré con un almuerzo. Hoy. No me molesta que esta noche tenga una cita con Dave. La llevaré a almorzar y me aseguraré de ser lo único en lo que piense esta noche. Echo un vistazo al reloj mientras marco su extensión y espero a que conteste, pero salta el contestador. Mierda, no quiero que sea demasiado tarde, así que me alejo del escritorio y me levanto. Tendré que pasar por su oficina como si nada e intentar pillarla.

El escritorio de Preston está al lado de mi despacho. Me detengo cuando paso junto a él. Sandra suele comer con él la mayoría de los días.

—Preston —digo, y luego me detengo. ¿Puedo preguntarle sin más si va almorzar con ella hoy? ¿Y entonces qué? ¿Le digo que me apunto?

—¿Qué pasa, tío bueno?

—¿Puedes dejar esa mierda de «tío bueno»? Ya lo hemos hablado.

—Tranqui, no te pongas nervioso, hombretón. Estoy casado. —Gruño y me froto la frente—. ¿Qué necesitas? —pregunta, y vuelve a dirigir la atención al ordenador que tiene delante; ya se ha aburrido de mí.

Sé que me recordará lo que estoy a punto de decir una y otra vez, pero...

—¿Vas a almorzar con Sandra hoy? —pregunto antes de pensármelo mejor.

Preston deja de teclear de inmediato y gira la silla por completo antes de dar una palmada en el escritorio para quedarse quieto. Luego, cruza las piernas, apoya el codo en la rodilla y la barbilla sobre el puño.

—No —contesta, pero alarga la palabra mientras inclina la cabeza y espera mi siguiente movimiento.

—Suéltalo ya, Preston.

—Ya se ha ido. Estará fuera todo el fin de semana —dice con una sonrisa mientras observa atentamente mi reacción.

Todo el fin de semana, ha dicho. No solo esta noche. Pienso en ello un segundo. Sí, es viernes, pero por la forma en que ha dicho fin de semana es evidente que debo leer entre líneas. Un momento, ¿va a pasar el fin de semana con Dave? ¿El fin de semana? ¿Qué coño...?

—¿El fin de semana? —repito, e intento sonar todo lo despreocupado que puedo.

—*Sip* —responde. Lo está disfrutando.

Siento que me da un tic en la mandíbula y meto las manos en los bolsillos mientras pienso en qué hacer a continuación.

—Eres un idiota —dice Preston.

—¿Disculpa?

—Es usted un idiota. ¿Mejor? —vuelve a intentar.

—Solo dime cuánto le gusta Dave, Preston. No tengo tiempo para tonterías. —Dios mío, ¿voy a tener que recurrir a los consejos sobre mujeres de mi asistente gay? ¿En qué demonios se ha convertido mi vida? Sandra lo ha puesto todo patas arriba.

—No le gusta Dave. Le gustas tú. Está enamorada de ti desde hace una eternidad, y estoy rompiendo el código de chicas al contarte esto.

—Entonces, ¿por qué coño va a pasar el fin de semana con Dave? —pregunto, ignorando lo del código de chicas.

—Sabes que Sandy es una buena chica. No sabe qué hacer con un tío que se la folla en el despacho pero nunca la invita a cenar —continúa Preston. Por lo visto, se ha acabado lo del código de chicas—. Las mujeres son criaturas complejas, Gabe. Piensan que cuando un hombre se toma el tiempo de invitarlas a salir significa algo. Piensan que solo estás interesado en el sexo. —Él entrecierra los ojos en mi dirección—. Obviamente ese no es el caso, pues, teniendo en cuenta la manera en que miras a esa chica, está claro que ya estás medio enamorado de ella.

Mi asistente gay me está dando consejos sobre chicas, sí.

—Ya que lo sabes todo, ¿te importaría decirme adónde se ha ido con Dave?

—A la boda de Marissa.

—¿Quién coño es Marissa?

—¿Hola? Trabaja aquí. En ventas.

Me encojo de hombros. No tengo ni idea de quién habla.

—¿Sabes qué? Si hubieras aceptado mi sugerencia de informarte sobre los rumores de la empresa durante los Miércoles de Murmuros no estarías tan perdido ahora mismo. —Voy a matarlo antes de que esta conversación termine—. Pues Marissa, la de ventas, se casa este fin de semana. Con un jugador de golf profesional. Es la única excusa para tener que casarse en enero, ¿cierto? —Preston sacude la cabeza con incredulidad—. Se casan en Filadelfia en enero. Es ridículo.

—Preston, ¿esta historia lleva a alguna parte?

—No es culpa mía que seas el último en enterarte de los cotilleos de la empresa. Estoy poniéndote en situación, Gabe.

—¿Podemos saltar hasta la parte en la que me explicas por qué Sandra tiene una cita con Dave?

—No tienen una cita, Gabe —responde Preston, sin esconder lo exasperado que está—. Ambos están invitados. El prometido de Marissa es el primo de Dave. El mundo es un pañuelo, bla, bla, bla. El ensayo en la iglesia es esta tarde. Si te marchas ahora, podrás alcanzarla antes de que se pase la tarde sentada al lado de Dave en la cena de ensayo. Porque aunque a Sandra no le gusta Dave, a Dave le gusta Sandra. Así que será mejor que hagas algo. Te enviaré la dirección a tu móvil. De nada.

Paso a su lado con las llaves en la mano mientras me pongo el abrigo.

—¡Me alegro de que hayamos hablado! —grita Preston.

Capítulo 10

Sandra

Me siento en un banco vacío en la parte de atrás de la iglesia mientras las madres de la novia y el novio discuten sobre la música elegida para la entrada de las damas de honor y la organizadora de la boda se entromete para mediar.

—¿Qué te parece si tomamos algo después? —me susurra Dave al oído mientras desliza un brazo por el banco de madera detrás de mí. Lleva toda la tarde haciendo insinuaciones sutiles.

—No, creo que no me apetece.

Le ofrezco una sonrisa educada que dice «no, gracias».

—Vamos, Sandra, estás soltera, yo estoy soltero, estamos en una boda...

—Deja que se apaguen las palabras, como si lo que implica se explicara por sí mismo.

No es así. O sea, sí, sé adónde quiere llegar, pero... ¿en serio?

—¿Sería una locura si fuera al grano y te preguntara si hay alguna posibilidad de que te acuestes conmigo este fin de semana?

Inclino la cabeza hacia atrás y me río.

—Sí, Dave. Sí, es una locura que me preguntes eso. —Le doy unos golpecitos en la rodilla—. Pero gracias.

—¿Entonces eso es un no? —pregunta, al parecer, con inseguridad.

—*Sip*, eso es un no.

—Realmente pensaba que me resultaría más fácil ligar con mujeres después de graduarme en la Facultad de Derecho —dice, alicaído—. Pero no es así —añade, y sacude la cabeza—. Las mujeres siguen siendo un misterio,

y yo sigo siendo un pringado.

—Todos somos unos pringados, Dave. Solo tienes que encontrar a la pringada adecuada para ti. Te prometo que está en alguna parte.

—¿Eso crees?

—Sí. De hecho... ¿ves a esa chica de allí? ¿La del jersey gris y la falda negra?

Dave asiente.

—Se llama Jennifer y está en último curso de Derecho... y da la casualidad de que sé que está soltera. Deberías presentarte y ofrecerle consejos para el examen de acceso a la abogacía.

—¿Tú crees? —pregunta, aunque parece animado.

—Sí. Adelante.

—¿Sabes qué? Creo que lo haré. Gracias, Sandra.

—Pero un consejo: no empieces preguntando si se va a acostar contigo.

Dave asiente, arrepentido, y entonces se dirige a probar suerte con Jennifer mientras el lío de la música queda resuelto. La organizadora de la boda recupera el control y da instrucciones a todo el mundo mientras mi mente divaga. Pienso en el consejo que acabo de dar a Dave y me pregunto si no me lo puedo aplicar a mí misma. Acabo de reírme en la cara de Dave por hacerme una proposición tan directa, pero ¿no hice yo lo mismo con Gabe? ¿Con el cuestionario sexual? Obviamente no tenía la intención de que lo viera, pero lo vio de todas formas. Y ese estúpido cuestionario no fue mucho menos que una proposición directa.

Ensayamos una vez más antes de que la organizadora esté satisfecha con que hayamos dominado la forma correcta de entrar y salir de la ceremonia, y el ensayo termina oficialmente. El grupo se traslada al vestíbulo de la iglesia; todos están hablando del tiempo y de la mejor ruta para que los familiares y los miembros del cortejo nupcial vayan al banquete. Sin duda, Dave y Jennifer han empezado con buen pie, me doy cuenta de ello con una sonrisa mientras me abotono el abrigo. Llevan hablando sin parar durante los últimos treinta minutos, sonriendo todo el rato.

Estamos saliendo de la iglesia cuando caigo en la cuenta de que he perdido la bufanda, así que vuelvo corriendo para ver si se me ha caído dentro de la iglesia. La encuentro debajo del banco en el que dejamos los abrigos durante el ensayo, me la pongo alrededor del cuello y camino de

nuevo hacia el vestíbulo. Todos se han ido. ¿Qué demonios...? He tardado dos minutos. Me reprimo para no poner los ojos en blanco dentro de una iglesia. Empujo la puerta, salgo al exterior y busco el coche de Dave en el aparcamiento. Es enero y hace mucho frío.

Llego al escalón superior antes de ver el Tesla blanco al ralentí a los pies de la escalera. Antes de ver a Gabe apoyado en él. Antes de que se me acelere el corazón.

¿Ha venido aquí por mí? Ha venido aquí por mí. No apareces en el ensayo de una boda al que no has sido invitado a menos que te guste alguien de verdad. ¿No? Me muerdo el labio y agarro el pasamanos mientras él sube los escalones y se detiene a un peldaño de distancia. Nuestros ojos están a la misma altura.

—¿Qué haces aquí? —suelto. «Muy sutil, Sandra». Pero necesito oírlo.

—Me han dicho que estabas aquí.

—¿Has venido por mí?

—¿Te parece bien?

Eleva una ceja cuando lo dice, totalmente seguro de que mi respuesta será sí.

—Sí. —Esbozo finalmente una amplia sonrisa—. Me parece bien.

—Creo que tienes una cena de ensayo, ¿no?

—Ah, sí. —Vuelvo en mí, miro alrededor y veo a Dave, que hace entrar a Jennifer en el asiento del copiloto de su coche y levanta los pulgares en mi dirección.

—Le he dicho que yo te llevaría —dice Gabe cuando ve a quién estoy prestando atención.

—¿Quieres llevarme a la cena de ensayo?

—Sí.

—Vale. —Arrastro la palabra, insegura de qué significa eso exactamente.

—Quiero ser tu acompañante también, si te parece bien.

—Sí, me parece bien. —Sonrío—. Pero habrá gente del trabajo. —Es una afirmación, aunque mi tono de voz deja ver que se trata de una pregunta.

—¿Es eso un problema? —inquiere con el ceño fruncido.

—No, para mí no es un problema.

—Bien.

Inclino la cabeza y lo miro, intentando averiguar por su expresión si para él es un problema.

—Quiero que me des una oportunidad, Sandra. Y tu número de teléfono. Quiero que me des tu número de teléfono —añade con una sonrisa de autodesprecio—. Debería tener tu número, pero no lo tengo porque soy un idiota. Y quiero arreglar eso. Y no me importa quién me vea intentando arreglarlo. Así que déjame que te lleve a la cena de ensayo esta noche. Y a la boda mañana. Y el próximo fin de semana, quiero que tengamos una cita. Yo invito.

—Me gustas, Gabe.

Sonríe.

—Tú también me gustas, Sandra.

—Bien.

—Bien —dice. Se acerca más; nuestros labios están a unos centímetros y, entonces, se detiene—. Voy a besarte, a menos que tengas más objeciones.

—No —respondo, sonrojada—. O sea, sí...

Entonces me interrumpo a mí misma y lo beso.

Creo que lo he pillado.

Epílogo

—Sabes qué día es hoy, ¿no?

—Mmm... —Golpeteo el pecho desnudo de Gabe con los dedos—. ¿Miércoles? —pruebo, e inclino la cabeza para mirarlo.

—No. Bueno, sí, pero no es a lo que me refiero.

—¿Hoy es 23 de marzo? —intento de nuevo.

—Sí, también es cierto, pero incorrecto.

Frunzo el ceño, giro la cabeza y apoyo la barbilla en su pecho.

—¿Cómo puede algo ser cierto e incorrecto al mismo tiempo?

—Es cierto, pero no es la respuesta que estoy buscando.

—Vale. —Me encojo de hombros—. ¿Qué día es hoy?

—Nuestro aniversario —contesta con una sonrisa.

Mmm, ¿ah, sí? Rebusco en mi cerebro el momento de referencia. ¿La primera vez que nos acostamos? ¿Nuestra primera cita de verdad? No lo pillo.

—Hoy tenemos la reunión trimestral —dice entre carcajadas y me guiña un ojo con picardía.

Me llevo la mano a la cara y gruño.

—No puede ser.

—Claro que sí. Ese cuestionario sexual merece celebrarse cada tres meses —dice mientras me da la vuelta y me sujeta las manos por encima de la cabeza. Le gusta sujetarme cuando sabe que me voy a sonrojar para que no pueda cubrirme la cara.

—Para —digo entre risas, e intento girar la cabeza.

—No puedo creer que todavía te sonrojes por eso —contesta mientras me agarra las dos manos con una de las suyas, me sujeta la mandíbula con la otra y me gira hacia él. Cierro los ojos con fuerza—. Sabes que todavía te veo, ¿no?

Me suelta la barbilla y baja la mano mientras presiona los labios contra mi cuello.

—No me hagas otro chupetón. Te mataré. —Ríe y sus labios vibran encima de mi piel—. Lo digo en serio. Ya no hace tiempo para llevar cuello alto, Gabe. No puedo ir al trabajo con un chupetón en el cuello. No puedo. No es profesional. Es infantil. Y... —Y no digo nada más porque Gabe me besa en la boca.

—¿Sabes que también se te sonrojan las tetas? —dice cuando retira sus labios de los míos.

—Pervertido.

—Pero me quieres.

Es verdad, pero pongo los ojos en blanco, saco las manos de debajo de las suyas y, luego, le acerco la cabeza a mi pecho.

—Tenemos que prepararnos para ir al trabajo.

—Cinco minutos más —rebate.

Cedo porque Gabe me ha demostrado que merece la pena apresurarse por la mañana.

Gabe conduce al trabajo; mi coche está en el aparcamiento desde ayer. He aprendido que debo tener unas cuantas prendas de ropa en casa de Gabe porque un «cena conmigo después del trabajo» se convierte en una fiesta de pijamas espontánea al menos una vez a la semana. Pasamos la mayoría de los fines de semana en su piso o en el mío. Y el mes pasado me llevó a Savannah a conocer a sus padres. Se acaban de jubilar y se han mudado allí, y fue agradable alejarme de todo. Es una ciudad preciosa; los robles del parque Forsyth son algo que probablemente no voy a olvidar jamás. Toda la ciudad es encantadora, igual que sus padres. Su madre no podía contener las sonrisas cuando Gabe me rodeaba con el brazo o me daba la mano.

Llegamos al trabajo, Gabe aparca en el garaje y entonces entramos. Nos detenemos en Wawa para comprarme un té *chai latte* y unas gachas de avena para llevar y Gabe se compra un café y un burrito con huevo... y una magdalena de arándanos para Preston.

Nos separamos al salir del ascensor. Todos saben que estamos saliendo, o debería decir todos a quienes les importa. No es un secreto, y tampoco es para tanto. Soy la asistente de Sawyer, así que tampoco es que haga muchas cosas con Gabe en el día a día.

Creo que a Gabe le preocupaba cómo iba a reaccionar Sawyer cuando se enterase de que estábamos saliendo. Intentó prepararme durante el fin de semana de la boda de Marissa por si Sawyer no reaccionaba bien el lunes. Sin embargo, Sawyer no ha puesto ninguna pega. Tenía una amplia sonrisa en la cara, de hecho. Le dijo a Gabe que no la cagara porque él era del Equipo Sandra, y eso fue todo. No estoy segura de por qué Gabe estaba tan preocupado, pero los hombres a veces son misteriosos.

La reunión trimestral empieza a las diez, así que no tengo mucho tiempo para revisar mis mensajes de voz y los correos electrónicos antes de la reunión, como suelo hacer por las mañanas. Me encargo rápidamente de preparar todo lo necesario cuando Preston se deja caer en el borde de mi escritorio, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Es vuestro aniversario! —canturrea.

—Oh, no, tú también —digo entre risas.

—¿Ya te ha hecho Gabe esa broma? Mierda.

Preston deja caer los hombros con una expresión abatida.

—Lo siento.

—Al menos me ha traído una magdalena de arándanos. Lo estás entrenando muy bien.

—Lo de la magdalena ha sido cosa suya. Creo que siente debilidad por ti desde que lo llamaste idiota a la cara.

—Continúa. —Preston guiña el ojo y vuelve a reír.

Echo un vistazo al reloj de mi escritorio. Todavía tenemos algo de tiempo, así que le sugiero que nos escapemos a la cafetería antes de que empiece la reunión. Me gusta estar totalmente alerta en las reuniones y me vendría bien otro chute de cafeína antes de entrar.

Unas horas más tarde pienso que la reunión trimestral sigue siendo aburrida, pero va en la dirección adecuada. Solo han pasado tres meses desde la última reunión, pero Gabe ya ha hecho unos cuantos cambios para que sea más útil para todos. Hoy no tenemos que rellenar ninguna encuesta —menos mal—, así que tomo notas como siempre y sigo la reunión. Incluso Preston

está despierto y atento. Más o menos.

—Tengo que hacer pis, Sandy. No voy a aguantar hasta la hora del almuerzo —susurra. Lleva diez minutos moviéndose con nerviosismo. Ojalá fuera al baño de una vez.

—Pues ve —contesto en un murmullo—. No somos prisioneros.

—Sabes que odio dar el paseo de la vergüenza durante una reunión —susurra con desdén.

Niego con la cabeza.

—Por enésima vez, «paseo de la vergüenza» no significa eso.

—Nadie debería avergonzarse por acostarse con un extraño, Sandy. No merece la pena avergonzarse por eso. —Sacude la cabeza, disgustado—. La gente debería chocar los cinco por la mañana y volver a su casa con la cabeza bien alta.

—¿Cómo sugieres que lo llamen, entonces? Si la sociedad tiene que estar orgullosa de los rollos de una noche, deberían tener un nombre.

—Estoy intentando que se empiece a utilizar «paseo de la satisfacción», pero cuesta conseguir que algo se haga viral.

—Ajá.

Tenemos un descanso para comer y Preston sale corriendo al baño. La sala se queda vacía y yo me dirijo a los ascensores para esperar a Preston. Estoy ahí de pie cuando Gabe se acerca con Sawyer y aprieta el botón del ascensor. Luego, se mete las manos en los bolsillos y se balancea sobre los pies mientras me mira fugazmente.

—Una coleta muy mona, señorita Adams —comenta Gabe en voz baja.

Asiento en silencio. Nos comportamos de manera profesional en el trabajo porque somos profesionales.

—¿Tenía prisa esta mañana?

—¿Qué?

Abro los ojos como platos mientras miro a mi alrededor para ver si alguien lo ha escuchado. Solo hay unas pocas personas cerca y no nos están prestando atención. Me recuerdo a mí misma que, en realidad, no ha dicho nada, pero yo sé qué insinúa y siento que se me pone la cara roja de todas formas.

Lanzo una mirada a Gabe para indicarle que se calle, pero veo que se está

mordiendo el labio para evitar reírse de mí, así que entrecierro los ojos y lo miro con enfado. No se cansa de ver cómo me ruborizo.

Llega el ascensor, entra y me guiña un ojo al cerrarse las puertas. Y, sí, todavía me hace sentir mariposas en el estómago.

Preston llega justo después, tomamos el siguiente ascensor y nos dirigimos a la cafetería. Preston acaba de volver de Santo Tomás, donde estuvo una semana con su marido, así que me cuenta todo el viaje durante el almuerzo y lo decepcionado que está por no haber podido robar una cría de delfín.

Volvemos a la sala de reuniones unos minutos antes de que empiece la sesión de nuevo y nos sentamos en nuestros asientos, los mismos de siempre, dos filas por detrás de Gabe. Hay un trozo de papel en la mesa. Está bocabajo, pero estoy segura de que no estaba ahí cuando nos hemos marchado a comer. Echo un vistazo rápido a la mesa de Preston para comprobar que no es un documento que han dejado en todos los sitios. Me siento, acerco la silla y me pongo cómoda antes de darle la vuelta al papel. Es un cuestionario escrito a mano, y es la letra de Gabe. Sonrío, mirando en su dirección. Mira hacia delante; Sawyer está sentado a su lado y se inclina para decirle algo. Yo cojo un bolígrafo y leo el cuestionario:

- 1) *¿Hay alguien en esta habitación con quien vivirías?*
- 2) *¿Quién es? (Solo hay una respuesta correcta...)*
- 3) *En una escala del 1 al 5, ¿cuánto espacio necesitarás en el armario?*
- 4) *¿Te comerás todo el helado?*
- 5) *Sí o no, ¿quieres venirte a vivir conmigo?*

Oh, Dios. Quiere que me vaya a vivir con él. ¡Quiere que me vaya a vivir con él!

Mi corazón está a punto de explotar. Me doy golpecitos en mis labios sonrientes con el bolígrafo y entonces lo acerco al papel.

- 1) *Sí.*
- 2) *Tú, tonto.*
- 3) *3'5*
- 4) *Probablemente.*

5) ¡¡Sí!!

—¿Vas a dar ahora el paseo de la vergüenza para entregárselo o prefieres esperar al final del día? —pregunta Preston, sin intentar esconder que ha estado leyéndolo de reojo.

—Creo que daré el paseo de la vergüenza —contesto mientras separo la silla y me levanto.

—A por ellos, tía buena —susurra Preston mientras yo me deslizo entre las filas y bajo los tres escalones hasta la parte frontal de la sala.

Gabe me ve de inmediato, ya que está sentado a solo dos asientos del pasillo. Pasa la vista del papel a mi cara y, lentamente, esboza una amplia sonrisa.

—¿Señorita Adams? —pregunta Gabe, como si no tuviera ni idea de por qué estoy aquí.

Sawyer gruñe al escuchar cómo Gabe dice mi nombre con demasiada profesionalidad. Me olvido de por qué estoy aquí durante un segundo. La atención de Gabe tiene ese efecto en mí a veces, pero me recupero, sonrío y dejo el papel bocabajo delante de Gabe antes de volver a mi sitio.

Desde mi silla, lo observo mirar el papel, luego lo dobla dos veces por la mitad y se levanta lo bastante de la silla como para metérselo en el bolsillo trasero del pantalón. Sin embargo, al contrario que hace tres meses, esta vez se gira un poco, capta mi mirada y guiña el ojo.

Estoy enamorada. Esto es lo que se siente al estar enamorada.

Agradecimientos

Si habéis visto la dedicatoria y conocéis bien las películas para adolescentes de los ochenta, entonces os habréis dado cuenta de que *El chico de una noche* es un guiño a la película *Dieciséis velas*, escrita y dirigida por el fallecido John Hughes.

Espero que hayáis visto la película. Si no, ¡tenéis que hacerlo! Lleva mucho tiempo en mi lista de favoritas, junto con *Todo en un día*. Mmm, imaginad a Ferris Bueller como un hombre de treinta años que pasa de ir a trabajar un día...

Gracias por haber leído este libro. Nunca dejará de sorprenderme que yo esté escribiendo libros y que vosotros los leáis. No tengo palabras para expresar lo mucho que vuestro apoyo significa para mí, hasta el más mínimo. Solo darle a «me gusta» en una publicación de Facebook es un gran logro para una autora independiente como yo. Gracias por leer y apreciar mis libros y hablar a vuestros amigos de ellos, compartir publicaciones, suscribiros a mi boletín, dejar comentarios... Lo aprecio todo.

¿Y qué será lo siguiente? ¡La historia de Chloe y Boyd! Chloe es la mejor amiga de Everly, de *El chico perfecto*, y Boyd es el hermano de Sophie, de *El chico equivocado*. Estoy un poco enamorada de su historia y espero que vosotros también os enamoréis.

A mi mejor amiga, Kristi, ¡gracias por todo!

Beverly, gracias por tu apoyo, ¡siempre!

Sandra, ¡espero que hayas disfrutado de tu tocaya tanto como yo!

Por favor, considerad suscribiros a mi boletín. Es la única forma que tengo para comunicarme con vosotros e informaros sobre las nuevas publicaciones, ofertas especiales y otras cosas guays.

Hasta la próxima, podéis poner os al día aquí:

Facebook: Author Jana Aston

Twitter: @janaaston

Website: Janaaston.com

Instagram: SteveCatnip (es mi gato)

Gracias,

Jana

Serie Los chicos 1



El
chico
equivocado

JANA ASTON

SERIE LOS CHICOS I

CHIC 

Serie Los chicos 2



El
chico
perfecto

JANA ASTON

SERIE LOS CHICOS 2

CHIC 

Sobre la autora



Jana Aston es de Nueva York y renunció a su aburrido trabajo como teleoperadora para dedicarse a escribir. Tiene la esperanza de que no haya sido una idea del todo estúpida. En su defensa, hay que decir que era realmente muy aburrido.

Quien la animó a escribir este libro fue la autora J.A. Huss, de quien Jana fue asistente durante más de un año.

Con la publicación de *El chico equivocado* y *El chico perfecto* llegó a las listas de más vendidos de *The New York Times*.

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que hayas disfrutado de la lectura.


Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



BRITTAINY C. CHERRY

EL AIRE
QUE
RESPIRA

SERIE DE LOS ELEMENTOS I

CHIC 

El aire que respira

Cherry, Brittainy C.

9788416223503

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Es posible volver a respirar tras haberlo perdido todo?

Tristan ha perdido a su mujer y a su hijo.

Elizabeth ha perdido a su marido.

Son dos almas heridas que luchan por sobrevivir.

Necesitan recordar lo que se siente al querer.

Solo así podrán volver a respirar.

La novela romántica revelación en Estados Unidos

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Anna Premoli
Por favor,
déjame
odiarte



Por favor, déjame odiarte

Premoli, Anna

9788416223473

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Puedes llegar a enamorarte de alguien a quien odias?

Jennifer es abogada.

Ian es economista.

Y se odian.

Un cliente los obliga a trabajar juntos.

¿Y si del odio al amor solo hay un paso?

Premio Bancarella de los librereros italianos

Más de medio millón de ejemplares vendidos en Italia

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HOMICIDIO

UN AÑO EN LAS CALLES DE LA MUERTE

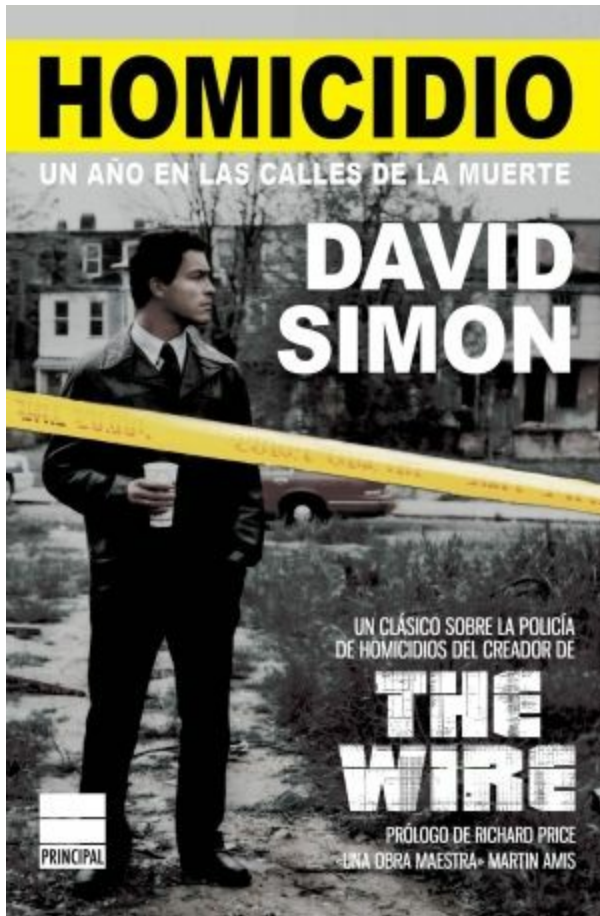
DAVID SIMON

UN CLÁSICO SOBRE LA POLICÍA
DE HOMICIDIOS DEL CREADOR DE

THE WIRE

PRÓLOGO DE RICHARD PRICE
-UNA OBRA MAESTRA- MARTIN AMIS

PRINCIPAL



Homicidio

Simon, David

9788416223480

784 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El escenario es Baltimore. No pasa día sin que algún ciudadano sea apuñalado, apalizado o asesinado a tiros. En el ojo del huracán se encuentra la unidad de homicidios de la ciudad, una pequeña hermandad de hombres que se enfrenta al lado más oscuro de Estados Unidos.

David Simon fue el primer periodista en conseguir acceso ilimitado a la unidad de homicidios. La narración sigue a Donald Worden, un inspector veterano en el ocaso de su carrera; a Harry Edgerton, un iconoclasta inspector negro en una unidad mayoritariamente blanca; y a Tom Pellegrini un entusiasta novato que se encarga del caso más complicado del año, la violación y asesinato de una niña de once años.

Homicidio se convirtió en la aclamada serie de televisión del mismo nombre y sirvió de base para la exitosa The Wire.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

REAL

KATY EVANS



PRINCIPAL
de los LIBROS

Real (Saga Real 1)

Evans, Katy

9788494223488

336 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un boxeador inestable.

Una joven con los sueños rotos.

Una combinación explosiva.

Remington Tate es el hombre más sexy y complicado que Brooke ha conocido jamás. Es uno de los boxeadores más admirados, deseados y ricos del circuito de boxeo clandestino. Pero cuando la invita a la habitación de su hotel, lo último que la joven fisioterapeuta espera es que le ofrezca un empleo.

La atracción entre ellos es evidente, pero Brooke no está dispuesta a tirar su vida profesional por la borda. ¿Podrá aguantar tres meses junto a él sin caer en la tentación? ¿Qué quiere Remington Tate de ella? ¿Y cuál es su terrible secreto?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

EN REALIDAD,
NUNCA
ESTUVISTE AQUÍ



JONATHAN

AMES

Una novela del creador de *Bored to Death*

En realidad, nunca estuviste aquí

Ames, Jonathan

9788416223329

96 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un héroe cuya arma favorita es un martillo... claramente tiene problemas

Joe es un ex marine y ex agente del FBI, solitario y perseguido, que prefiere ser invisible. No se permite ni amigos ni amantes y se gana la vida rescatando jóvenes de las garras de los tratantes de blancas.

Un político lo contrata para que rescate a su hija de un burdel de Manhattan, y entonces Joe descubre una intrincada red de corrupción que llega a lo más alto. Cuando los hombres que lo persiguen acaban con la única persona que le importa en el mundo, abjura de su voto de no hacer daño a nadie. Y si alguien puede abrirse paso hasta la verdad a fuerza de cadáveres, ese es Joe.

En realidad, nunca estuviste aquí es un homenaje a Raymond Chandler y a Donald Westlake y su serie sobre Parker. En esta dura y emocionante novela, Ames desafía los límites de la novela negra y crea un protagonista demoledor y psicológicamente perturbado que salva a otros pero es incapaz de salvarse a sí mismo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)